

A large, abstract graphic on the left side of the page, consisting of several overlapping, curved, red and white shapes that create a sense of movement and depth. The red is a vibrant, saturated color, while the white shapes are layered behind it, creating a 3D effect.

UNA BUENA NOTICIA

Ana María Arquer Maurí

ANA MARIA ARQUER MAURÍ

UNA BUENA NOTICIA

ISBN: 978-84-9981-480-3
DL: M-9552-2011
Impreso en España / Printed in Spain
Impreso por Bubok Publishing

A mis nietas Luna y Noa

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
NACIMIENTO.....	11
LA VUELTA DE EGIPTO.....	21
ENVIADO.....	26
PRIMEROS CONTACTOS.....	32
LA VIDA COTIDIANA	38
EN CONTACTO CON EL SIDA.....	49
EN UN PAÍS LEJANO.....	51
ID Y PREDICAD.....	65
LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA... ..	76
LA SEMILLA.....	84
LA MADRE BUENA Y SUS DOS HIJAS.....	87
EL MOTORISTA SOLIDARIO.....	99
LA MUJER SALVADA.....	105
COMO OVEJAS SIN PASTOR.....	112
CENA DE DESPEDIDA.....	123
LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES.....	127
LA RESPUESTA DEL ABBÁ.....	138
LAS COMUNIDADES DE AMIGOS.....	143
EPÍLOGO.....	143

INTROCUION

Mi intención al escribir estos relatos es hacer una narración de un Jesús que hubiera nacido el siglo XX-XXI para jóvenes a los que nunca le conocieron, y que viven en una sociedad en donde su mensaje está tan diluido que desaparece, donde se dan mensajes negativos con referencia a la iglesia que condicionan ya a varias generaciones.

La narración sería con una visión pre-pascual, como la podría ver una persona que nunca hubiera oído hablar de Jesús y de su mensaje, que es lo único que puede entender la sociedad actual, los cristianos tenemos un lenguaje críptico que para los ajenos a él no es inteligible. Estas narraciones siempre intentarán que se hagan preguntas, sobre todo la pregunta ¿Hay algo mas además de lo que nos cuentan?

Actualizar el lenguaje es una de las exigencias más importantes, para dar a conocer el mensaje de Jesús y conectar con los acontecimientos del mundo en una sociedad globalizada donde las noticias llegan de un

lado a otro a la velocidad del sonido. Muchas veces me he preguntado: ¿Dónde nacería Jesús si ahora viniera al mundo? He intentado darle respuesta en estas pocas páginas procurando ser fiel al mensaje evangélico de buena noticia. No es un relato periodístico, ni pretende hacer historia, pero en cierta manera está basada en hechos reales y que todos podemos conocer a través de los medios de comunicación. Espero que a algunos y algunas les haga despertar la curiosidad por conocer mejor a Jesús al que yo le he dado el nombre de Emanuel porque así le dijo el ángel a María que se llamaría *Dios con nosotros*.

Sant Felú de Guíxols Febrero 2011

NACIMIENTO

Miriam caminaba con dificultad entre las ruinas del poblado bombardeado, su avanzado embarazo le impedía moverse con agilidad y tenía que apoyarse en el brazo de Yusuf para tomar aliento. Hacía ya rato que había empezado a sentir las primeras contracciones que anunciaban un próximo parto y buscaban un lugar habitado donde buscar ayuda. Pero todo era desolación y ruinas. Los habitantes de aquel poblado probablemente lo habían abandonado cuando empezaron los bombardeos israelíes y se refugiaron en las montañas. Caía la tarde y se les presentaba una noche desolada.

Miriam era palestina y creía en Alá, el misericordioso, el magnánimo. Yusuf era judío y creía en Yahvé el Dios de Israel, ambos eran piadosos practicantes de sus respectivas religiones, pero se amaban y respetaban la de su compañero/a.

De qué manera habían llegado a encontrarse en el punto en que estaban ahora era fruto de una serie de acontecimientos difíciles de entender, pero en un país en guerra todo es posible. Miriam y Yusuf se habían conocido colaborando en una organización de ayuda a los niños palestinos sin hogar ni familia y durante meses habían trabajado juntos en el proyecto que intentaba dar un poco de calor familiar a aquellos niños desposeídos de todo.

Yusuf era israelita, pero no estaba de acuerdo con la política que practicaba su gobierno de persecución al pueblo palestino, su familia había vivido en Palestina durante incontables generaciones y siempre habían sido buenos vecinos los palestinos y los judíos. Cuando empezó la locura de las diversas guerras entre Israel y el pueblo palestino Yusuf se negó a participar y fue declarado desertor por el ejército israelí. Tuvo que esconderse entre sus amigos palestinos y como le conocían no le fue mal del todo. Trabajaba en lo que le salía y siempre ayudaba a los más necesitados y así fue como conoció a Miriam.

En aquel momento estaba preocupado pues veía el estado de su mujer y no encontraba la manera de ayudarla. Vio como Miriam se paraba, le miraba un poco asustada diciendo:

– Yusuf, creo que ya es la hora, tenemos que buscar un refugio, no creo que tarde en llegar el niño.

Yusuf miró a su alrededor, todo era destrucción, las paredes de las casas se levantaban desnudas, empezó a buscar entre las ruinas hasta que encontró un rincón donde el techo de la casa aun se sostenía en parte, acompañó a Miriam hasta allí y buscando entre los cascotes encontró unas mantas viejas y un colchón destripado que ni sus propietarios habían querido llevar. Miriam se recostó y ambos esperaron.

La espera fue larga, durante toda la noche Miriam fue teniendo contracciones cada vez más seguidas y al amanecer con las primeras luces nació un niño, corpulento, con la cabeza cubierta por una pelusa negra y poderosos pulmones que gritaron dando la bienvenida a una nueva vida.

Probablemente fueron los gritos del recién nacido que sacaron de su escondite a un niña palestina que asustada se había también refugiado en las ruinas, cerca de donde se había producido el nacimiento. La niña de unos siete u ocho años se acercó con curiosidad a mirar al niño.

Salió corriendo entre las ruinas gritando:

-¡Ha nacido un niño, ha nacido un niño.

Venid a verlo!

Pronto aquello que parecía un poblado desierto empezó a llenarse de ojos y manos solícitas que se acercaban. Las mujeres traían agua, alimentos, ropas limpias, los hombres, pocos y ya mayores hablaban con Yusuf.

En unos momentos se formó una cadena de ayuda y solidaridad, Miriam y el niño fueron trasladados a un lugar mas seguro y abrigado y entre todos arreglaron un espacio para la nueva familia.

-¿Cómo llamareis al niño? Preguntaban

Miriam miró a Yusuf y recordó su sueño. Él intuyó lo que pensaba y dijo:

– *Se llamará Emmanuel, que significa Dios con nosotros*, porque Dios no nos ha abandonado en esta situación desoladora.

Durante unas semanas vivieron entre las ruinas de aquel poblado sobreviviendo con lo que les traían los pocos vecinos que no lo habían abandonado. Un día vieron aparecer tres jeeps por el polvoriento camino con la bandera de las Naciones Unidas ondeando sobre uno de ellos. Los conducían tres mujeres enormes, gruesas, vestidas con unos tejanos apretados que aumentaban sus redondeces, una era negra como el carbón, con unos pelos trenzados alrededor de su cabeza y con una sonrisa enorme que le cubría la cara; la otra era rubia y opulenta, sus dorados cabellos estaban escondidos por una gorra de visera y sus ojos chispeaban como lucecitas de navidad; la tercera era la mas mayor, un rostro lleno de arrugas y el pelo canoso, pero se bajó con soltura del jeep y fue la primera en hablar.

– Traemos ayuda, ¿Dónde está el jefe del pueblo?

Un anciano se adelantó y las saludó

– Salaam aleikum. Bienvenidas, Os esperábamos, nos han dicho que se espera un próximo ataque de los israelíes, solo quedan mujeres y niños en este pueblo y una familia con una mujer que acaba de dar a luz y no se ha podido ir.

– Veamos, primero bajad las cajas que hay en los coches y vamos a ver cual es la situación, yo soy médico.

Mientras los habitantes del pueblo descargaban los jeeps, las tres mujeres se dirigieron a donde estaban Miriam y el niño.

– ¡Que hermoso niño! - dijeron las tres a la vez

Efectivamente en esos pocos días Emmanuel se había puesto realmente hermoso, ya nada recordaba el recién nacido arrugado y rojizo del día de su nacimiento, su madre le estaba dando el pecho y le miraba encandilada.

Yusuf intervino

– Señoras, ¿sabéis cual es la situación? Si el ejercito israelí entra aquí mi vida peligra, soy desertor y me harán prisionero, me caerá una condena larga, Miriam y el niño solo me tienen a mi para protegerlos.

– Y al Dios altísimo - dijo Miriam flojito - Él nos trajo junto a estas gentes que nos han ayudado hasta ahora.

Las tres mujeres se miraron,

– Nosotras vamos a Egipto, podríamos intentar pasar los controles, es peligroso pero la bandera de la ONU es una buena garantía. A lo mejor no registran los jeeps.

En aquel momento se acercó una mujer muy vieja, casi ciega que con un gesto pidió coger al niño. Miriam se lo dejó y ella dulcemente se lo acercó para verlo mejor:

– Es Ana la profetisa, - susurraron las mujeres

– *Ahora, Señor, según tu promesa puedes dejar que tu sierva muera en paz,* - dijo Ana

con voz fuerte para su debilitado cuerpo - *este niño nos traerá la paz. Pero tú Madre, sufrirás mucho antes de que esto suceda.*

Miriam cuando cogió de nuevo al niño susurró unas palabras que solo Yusuf oyó:

*Alabado seas Dios omnipotente,
Por que has mirado a tu hija con amor.
Tu misericordia no tiene fin.
Los poderosos no pueden nada contra ti,
Tú estás con los pequeños.
Tu fidelidad no nos abandona nunca.*

Las tres mujeres prepararon rápidamente un escondite en uno de los jeeps, donde se escondió Yusuf, en el otro se instaló Miriam y el niño. Salieron en medio de una nube de polvo camino de los controles israelíes.

Mientras los jeeps iban dando saltos y tumbos por la mal asfaltada carretera llena de agujeros de obuses, Miriam recordó su sueño.

Faltaban pocos días para la celebración de su boda con Yusuf, cuando un día en el sopor del mediodía, cuando el sol brillaba tan fuerte que parecía que todo se iba a derretir, ella dormitaba a la puerta de su casa. Lo recordaba muy bien, no sabía si fue un sueño o una realidad, pero un joven con una mochila a la espalda y botas de caminante se paró delante de ella. Con la luz en contra no le podía ver la cara, pero si le oyó perfectamente.

- Buen día Miriam, el Señor te bendiga
- ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Te conozco?
- Tu a mi no, pero yo si, tengo un mensaje para ti.
- Un mensaje, ¿de quién? - Miriam pensó en alguno de sus parientes con los que a causa de la guerra no se podían comunicar fácilmente y habrían tenido noticias de su próxima boda.
- Tendrás un hijo que nos traerá la paz, pero tú antes sufrirás mucho.
- ¿Qué dices? ¿Quién te envía? ¿Cómo voy a tener un hijo si aun no me he casado?

- @No preguntes, Miriam, cuando nazca el niño ponle por nombre Emmanuel, porque Dios está con él, traerá la paz al mundo.

Miriam sintió como si todo el peso del universo cayera sobre ella, por un momento se sintió transportada a un espacio y tiempo desconocido, el sol había desaparecido ofuscado por la luz que la rodeaba. Llena de temor ante lo desconocido solo supo responder

– *Hágase como tu dices*

Mientras el jeep corría entre los campos Miriam recordó aquel momento de su vida, fue un sueño o una visión, se preguntaba. El niño había nacido, pero nada especial se notaba en él. Era un niño como todos, saludable y fuerte, que dormía y mamaba, lloraba y volvía a dormir, ¿qué habría querido decir el caminante?

LA VUELTA DE EGIPTO

Durante unos años Miriam, Yusuf y Emmanuel vivieron en Egipto. El niño crecía y se hacía fuerte, mientras sus padres trabajaban para sacar adelante la familia. Yusuf era muy habilidoso y todo lo arreglaba, no le faltaban encargos pero como la mayor parte de la gente era pobre muchas veces no cobraba por su trabajo, pero con la mirada de agradecimiento de una mujer a la que arreglaba el techo de su casa, o conseguía que la nevera funcionara ya tenía bastante.

Miriam iba a trabajar a las casas de las familias acomodadas, a limpiar, cuidar de los niños o de los ancianos y para todos tenía una palabra amable y se hacía querer. Emmanuel la seguía a todas partes como un perrillo mirándolo todo y haciendo preguntas. Su ansia de saber era insaciable.

- Mama ¿por qué sale el sol cada día?
- ¿Por qué.....?

Como todos los niños pequeños todo le maravillaba y sus risas eran la alegría de sus padres.

Cuando el niño tendría unos cinco años entre los refugiados palestinos corrieron rumores de que se iba a firmar una tregua y que podrían volver a su país. Miriam y Yusuf después de meditarlo mucho, decidieron volver, querían ver a su familia y ver si su casa en un pueblito de la Cisjordania todavía existía.

Pero cuando llegaron todo era diferente de lo que se habían imaginado, a su pueblo no pudieron ir, lo había ocupado una colonia judía, y Yusuf no se atrevió a presentarse con su mujer e hijo palestinos.

Los internaron en un campo de refugiados donde la vida era muy difícil. Vivían de la ayuda internacional, muy en precario, los hombres no tenían trabajo y las mujeres se lamentaban de ver a sus hijos sin futuro.

Miriam y Yusuf ayudaban a sus vecinos en lo que podían, compartiendo lo poco que tenían y mas de una vez Emmanuel se fue a la cama sin cenar porque lo que quedaba en la despensa se lo habían dado a unos vecinos más necesitados.

Emmanuel había cumplido ya los doce años lo que para un niño judío significa que ya es adulto; ayudaba a su padre cuando había algún trabajo en la comunidad e iba a la escuela.

Un día se oyeron unas bombas que caían cerca, aunque estaban acostumbrados, esta vez el bombardeo se acercaba demasiado.

Los aviones volaban en rasante por encima de las casas dejando caer la muerte. Todo el mundo corría a refugiarse donde podía pero no había lugar seguro. Los niños lloraban, las mujeres gritaban y los hombres se enfurecían. Nadie sabía el motivo de ese ataque inesperado. Cuando los aviones dejaron de hacer pasadas por encima del campo de refugiados el silencio por unos minutos fue más terrible que el ruido de la explosión de las bombas, pero duró poco, pronto los gritos de los heridos, el llanto de los niños y las mujeres se dejó sentir.

No sabían que aun había de llegar lo peor. Un rumor sordo empezó a oírse y por la última calle del poblado aparecieron los tanques y los soldados. No les

dieron ni tiempo de atender a los heridos, agruparon a los supervivientes en un extremo del pueblo y separaron a las mujeres y los niños de los hombres.

Yusuf estaba en el grupo de los hombres, nadie sabía que era de origen judío y se lo llevaron con sus vecinos palestinos.

Algunos soldados israelíes gritaban,

– ¡¡Terroristas, terroristas, lo vais a pagar!!

Emmanuel, Miriam y las mujeres y los niños supervivientes fueron empujados al otro extremo del pueblo. Presentían lo que iba a suceder y cuando el tableteo de las ametralladoras empezó, un grito de dolor se oyó por todas partes. Los mismos soldados israelíes parecían avergonzados de lo que hacían. Todo sucedió muy deprisa en menos de dos horas lo que antes era un poblado pobre pero con ganas de sobrevivir se convirtió en un clamor de odio y maldiciones.

Sólo Miriam y Emmanuel no maldecían, en silencio buscaron el cadáver de Yusuf, le dieron sepultura

llorando y refugiándose el uno en el otro buscaron consuelo en su mutua compañía.

ENVIADO

Y la vida continuaba monótona, sin esperanza, las incursiones de los israelíes en el campo eran intermitentes, unas veces la paz duraba meses pero siempre algo la rompía.

La gente sabía que había grupos de jóvenes que buscando la venganza se preparaban para morir matando. Todos lo sabían pero nadie hablaba de ello. Solamente cuando entraban los tanques y los bulldózers y destruían una casa la voz corría de que uno de los hijos de la casa se había inmolado por su pueblo.

Algunos lo aprobaban, otros decía que la muerte sólo trae muerte y lo condenaban, pero era como nadar contra corriente, la desesperación de la mayoría era tan evidente que nadie podía convencer a los convencidos de que su actitud no llevaba a ninguna parte.

Entre los que desaprobaban la violencia se encontraban Miriam y Emmanuel, su opinión era muy

valiosa porque todo el mundo sabía como había muerto Yusuf, y dentro de su más próximo círculo de amistades se les escuchaba con atención.

Emmanuel era ya un joven adulto, que seguía el oficio de su padre y que era muy respetado en la comunidad. Siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás, su cordialidad y alegría eran contagiosas y todo el mundo le buscaba para hacer pequeños arreglos. Nadie se iba de su lado sin recibir una palabra de ánimo y muchas tardes los niños se reunían a su alrededor para escuchar sus cuentos.

Dentro de él crecía una inquietud dándose cuenta de que su vida no podía limitarse a ese pequeño enclave palestino de familias sufrientes y que algo se tenía que hacer para buscar una solución que trajera la paz.

Emmanuel tenía una vida interior muy intensa. Muchas noches, cuando su madre ya dormía se quedaba en oración ante su Abbá. ¿Quién era su Abbá? Ni él mismo estaba seguro, su padre judío le había hablado de Yahvé su madre palestina de Alá, y él

sentía dentro de su corazón la llamada amorosa de ALGUIEN con quien se comunicaba a través del silencio. Su comunicación con su Abbá era cada vez más profunda y en el silencio se iba forjando un proyecto.

Había en el asentamiento un grupo que se reunían a menudo para hablar de los acontecimientos que les preocupaban, la búsqueda de alimentos, la sanidad, la educación de los niños y sobre todo la paz. Emmanuel formaba parte de ese grupo que pronto los conocieron con el nombre de la Comunidad. Eran hombres y mujeres que querían mejorar la vida de sus conciudadanos y todos de una manera u otra colaboraban en ello.

Emmanuel a veces les hablaba del Abbá, de cómo sentía en su interior una llamada cada vez mas fuerte a hacer algo que ayudara a su pueblo. Entre los del grupo había un hombre joven como él, Jonathan, que le apoyaba y animaba a darse a conocer entre otros grupos de palestinos para juntos trabajar por la paz. También formaban parte del grupo Ruth y su hermano

Mohamed, y un matrimonio judío, Simón y Marta que como Yusuf no estaban de acuerdo con la política del gobierno israelí.

– Tenemos que salir de este poblado, aquí nadie nos escucha, hemos de hacer oír nuestra voz en otros lugares, que el mundo sepa lo que está pasando, hemos de llevar a nuestro pueblo al convencimiento de que solo por la conversión podemos conseguir la paz. No con bombas y muerte.

Otros también le apoyaban y presionaban a Emmanuel para que fuera él el que saliera del campo de refugiados y llegara a las ciudades para proclamar el mensaje de paz en que todos creían. Emmanuel se lo pensaba y se lo presentaba al Abbá, pero no se decidía. No estaba seguro de que esto era lo que debía hacer.

Un día, en que estaban todos reunidos discutiendo sobre este tema, Emmanuel dijo:

– Antes de decidir nada, oremos todos al Abbá y pidámosle que nos ilumine.

Todo el grupo aceptó la sugerencia y recogióse en silencio, escucharon la oración de Emmanuel:

– Abbá, padre nuestro y de todos los hombres, iluminamos ante esta decisión que vamos a tomar y ayúdanos a que hagamos lo mejor para todos.

Todos guardaron un profundo silencio y desde dentro de su corazón repetían estas palabras. En un momento dado, las ventanas se abrieron de golpe y una corriente de aire formó un remolino dentro de la habitación. Todos abrieron los ojos sobresaltados y vieron a Emmanuel transformado, todo su cuerpo parecía despedir una luz especial, pero él permanecía quieto, sentado en el suelo, con los ojos cerrados. El remolino de viento movió sus vestidos y sus cabellos, parecía jugar a su alrededor. Fue solo unos segundos, luego todo volvió a la normalidad.

– ¿Habéis visto, qué ha pasado?

Se decían los unos a los otros. Emmanuel abrió los ojos y les miró como si viniera de muy lejos

– ¿No habéis oído? El Abbá ha hablado.
Ha dicho que somos sus hijos y *que ha oído
nuestro llanto*. Hemos de hacer algo. Mañana
saldré del campo.

PRIMEROS CONTACTOS

Miriam se quedó desolada. No entraba en sus planes que su hijo la abandonara, ahora que le necesitaba más que nunca. Intentó convencerle para que no se fuera pero todo fue en vano. Emanuel había meditado bien su decisión. La misión a la que se sentía enviado podía más que el cariño de su madre y todos los reproches que podían hacerle. Lo más cómodo hubiera sido quedarse al lado de su madre, casarse, tener hijos, y resignarse a lo que pudiera venir. Pero algo o alguien le empujaban a ir más allá. Los sufrimientos de su pueblo, las injusticias insalvables, las horas de silencio al lado de su Abbá pudieron más que las lágrimas de Miriam y su amor de hijo. Dejó a Jonathan y a Laila encargados de cuidar de su madre y se fue sin mirar hacia atrás.

Emmanuel hacía días que había llegado a Egipto, una noche se despidió de su madre y de Jonatan y aprovechando un convoy de alimentos de la ONU pasó la frontera camino de Egipto.

No sabía lo que le esperaba al otro lado, todas las referencias del país a que se dirigía las tenía por su madre que le había contado como habían vivido allí de refugiados cuando él nació, pero sus recuerdos eran muy confusos.

Llegó a una gran ciudad donde no conocía a nadie, las primeras noches las pasó en las afueras, en el desierto, encontró una cueva excavada en la roca y allí se instaló con el poco equipaje que llevaba, una manta para abrigarse, y una mochila con un poco de pan y una cantimplora con agua. Se quedó esperando una señal. Si el Abbá quería que empezara por allí ya le diría como hacerlo.

Pasaba la mayor parte del tiempo hablando con su Abbá y pensando como se las arreglaría para hacer llegar su mensaje a los hombres y mujeres de la gran ciudad que se veía a lo lejos.

Al cabo de unos días se le acabó el pan y el agua y tuvo que ir a buscar alimento, se dirigía por un camino hacia la ciudad que se divisaba a lo lejos, al otro lado de un gran río, cuando se encontró con un pastor que

llevaba un rebaño de cabras a beber, Emmanuel se acercó a él y le empezó a hablar. El hombre le dijo que se llamaba Abdalá y que llevaba a sus cabras cada día desde el desierto al río. También le dijo que no muy lejos había un grupo de emigrantes palestinos que le podrían ayudar en ese mundo nuevo para él.

Al caer la tarde cuando las cabras quedaron recogidas en el redil los dos fueron hacia la ciudad para conocer al grupo de palestinos. Eran tres familias extensas, abuelos, padres, nietos, en total unas treinta personas entre mayores y niños. Vivían en unas casas muy humildes pero acogieron a Emmanuel con alegría cuando les dijo que venía de Palestina. Todos tenían familia allí y querían saber como era realmente la situación. Las noticias que recibían eran escasas y no siempre fiables.

Cuando hubo acabado de explicar la situación todos quedaron en silencio, también les habló del Abbá, de cómo tenía el convencimiento de que era el mismo Alá o Yahvé, porque solo hay un Dios misericordioso padre de todos los hombres.

De entre los que le escuchaban algunos quedaron impresionados:

– Tienes que venir a la mezquita el viernes y hablar con el imán, allí van muchos palestinos, algunos como tu, no creen que la violencia sea la solución a los problemas de nuestro pueblo. Tus palabras tienen autoridad.

– Tenéis razón iré con vosotros el próximo viernes.

El viernes después de las oraciones, Emmanuel se sentó y a su alrededor se congregaron un grupo numeroso de oyentes que sabían que venía de Palestina. Pero él empezó diciendo:

– *El Espíritu de Dios está en mi, me ha enviado a proclamar la paz entre los hermanos, a anunciar la buena noticia a los pobres, y a decirnos que todos tenemos que trabajar para acabar con el odio y la muerte.*

La gente se quedó asombrada, esperaban una soflama como tantas otras de guerra y violencia. Le decían:

– ¿Cómo puedes hablar tú de paz cuando vienes de ver los sufrimientos de nuestros hermanos? nos han quitado la tierra, no quieren que vivamos en el país de nuestros padres. ¿Tú nos hablas de paz?

Pero Emmanuel les contestaba:

– Alguien ha de empezar a hablar de paz en este mundo trastornado por el odio, solo si sabemos perdonar tendremos paz dentro de nosotros y podremos llevarla a los demás.

Muchos gritaban y le insultaban llamándole traidor, e intentaban agredirle, pero él pasó entre ellos y se marchó.

Cuando estaba en la calle tres jóvenes se le acercaron.

Emmanuel les dijo:

- ¿Qué buscáis?
- Hemos oído como hablabas y queremos conocerte mejor, ¿dónde vives?
- *Venid y veréis*

Se fueron con él y se quedaron a su lado. Se llamaban Alí, Sadam y Hasana. Iban con él a todas partes.

LA VIDA COTIDIANA

Emmanuel se sentaba a menudo a la puerta de la casa esperando que la gente le viniera a ver. Siempre había un corrillo de hombres y mujeres que acompañadas de sus hijos le escuchaban embelesados, tenía una manera de hablar tan sencilla que todos entendían lo que decía.

También venían enfermos, hombres y mujeres sin trabajo, y personas muy mayores para que les ayudara a superar sus dificultades. A todos atendía y ninguno se quedaba sin una palabra de consuelo y a veces una solución a su problema. Tenía unas manos especialmente hábiles para hacer recuperar la calma a las personas angustiadas y doloridas. Empezó a correr la voz de que tenía "manos que curan".

A los niños les explicaba historias y jugaba con ellos haciéndolos reír y correr, a las mujeres las animaba cuando las veía deprimidas y con las personas mayores era extraordinariamente cariñoso

hablándoles del Abbá que a todos nos espera después de la muerte.

Un día vino un hombre llamado Cleofás muy alterado.

– Maestro - algunos ya empezaban a considerarlo un maestro - ven a mi casa, mi suegra está enferma y no podemos convencerla para que venga a verte, tú puedes sanarla.

Emmanuel le miró tranquilamente diciéndole

– Yo iré a tu casa, Cleofás, pero el que se cure o no, no depende de mí, sino de ella misma.

Cuando llegaron su casa Emmanuel se hizo llevar a la habitación de la suegra de Cleofás y vio a una mujer, mayor, pero no decrepita, en la cama, mirando hacia la pared y que no paraba de sollozar. Mandó a todos que se retiraran y se sentó a su lado.

Al cabo de un rato la mujer dejó de llorar y se volvió a mirarlo:

– ¿Quién eres tú, y que haces en mi habitación? Yo no te he mandado llamar.

El tono de voz era desabrido y tenía la mirada perdida. Emmanuel le cogió la mano suavemente, estaba fría y temblaba.

– Tranquilízate mujer, nadie te va a hacer daño. ¿Por qué lloras? ¿Que te pasa?

– Ya no quiero vivir más. Soy un trasto inútil que no sirve para nada. Mi hija me ha quitado el mando de la casa, yo antes lo hacía todo y ahora no tengo fuerzas para hacer la faena. Mis nietos me agobian, mi yerno quiere que me vaya de su casa, por que soy una boca más a comer y no ayudo en nada....

Y así fue desgranando agravios, unos reales y otros imaginarios, mientras Emmanuel le iba acariciando las manos. Él apenas hablaba la dejaba a ella que le dijera lo que pasaba por dentro de su angustiada cabeza. Poco a poco, conforme iba hablando se serenaba y se incorporaba en la cama. Las lágrimas dejaron de rodar por sus mejillas y las frases tomaban mas sentido:

- Claro que algo si que puedo hacer, puedo vigilar el caldo mientras cuece, y mecer al bebé para que no llore. También podría coser la ropa de los niños que la llevan destrozada, mi hija no tiene tiempo de coserla, claro que la vista ya me falla.... pero podría ponerme gafas. Nunca me las he querido poner para no parecer una vieja. ¿Sabes? yo de joven era muy bonita y mi marido era un personaje importante en la comunidad, pero la maldita guerra acabó con todo, y con él también. Mi hija se casó con ese incapaz de Cleofás....

Aquí se detuvo dudando

- ¿Tú eres amigo de Cleofás? - y al ver que Emmanuel sonreía - ella sonrió también - bueno, no es mal hombre, quiere a mi hija y hace lo que puede, pero los tiempos son tan malos....

Así estuvieron hablando largo rato, mas bien era ella la que hablaba liberándose de los demonios de la angustia que la tenían atenazada. Cuando los dos

salieron de la habitación sonriendo, ella hablaba animadamente, pidió de comer, abrazó a los niños y a su hija y buscó un lugar en el patio al sol, tomando en sus brazos al bebé acunándolo amorosamente.

Todos estaban maravillados, ¿cómo lo había conseguido? llevaba días encerrada sin querer ver a nadie y sin comer.

La fama de Emmanuel empezó a extenderse por el barrio.

Una mañana Emmanuel salió a pasear por las colinas, admiraba el paisaje, el río a lo lejos con las velas de las pequeñas barcas de pescadores, y el sol que ya empezaba a calentar. La gente empezó a seguirle arremolinándose a su alrededor preguntándole y pidiéndole que los tocara. Él sonreía, acariciaba a los niños, daba la mano y besaba a los ancianos y finalmente se sentó a la sombra de un palmeral. Una pequeña multitud se arremolinó a su lado esperando que hablara.

En aquel momento se acercó un hombre corriendo con un transistor en la mano.

- ¿Habéis oído?, - gritaba perdiendo el aliento - Los israelíes han entrado en Ramala y están bombardeando la Mucata.

Gritos enfurecidos se dejaron oír, mas de uno tenía parientes en Ramala o en zonas vecinas, los gritos de - ¡Asesinos, asesinos! ¡Venganza! - empezaron a resonar con fuerza.

Emmanuel permaneció callado durante un momento, alzó las manos pidiendo silencio y cuando todos callaron escuchando, dijo:

- *Habéis oído decir "No matarás", yo os digo: todo aquel que se encolerice contra su hermano será reo ante un tribunal.*

La gente reaccionó enfurecida,

- ¡Como puedes decir esto, nuestros hermanos están siendo masacrados muerte a los judíos! Venganza!

Pero él sin, alterarse, continuó:

- *Yo os digo, amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difaman.*

La mayoría se alejaron de él diciendo que estaba loco, y muy excitados se dirigieron al pueblo para comentar la noticia con sus vecinos. Sólo sus tres amigos Ali, Sadam y Hassan y algunos más siguieron a su lado. Emmanuel siguió hablando serenamente durante un rato haciéndoles ver que una espiral de violencia tendría consecuencias desastrosas tanto para ellos como para sus hermanos en Palestina y acabó diciendo:

*– Felices los misericordiosos porque ellos
alcanzarán misericordia.*

No habían pasado muchos días cuando sucedió algo que nadie esperaba. El pueblo aun estaba revuelto con las noticias que llegaban de Palestina, la revuelta de la intifada y los ataques israelíes a las ciudades de la Cisjordania. Una tarde Emmanuel paseaba por la plaza del pueblo, el zoco, lleno de vendedores, de olores, colores y gritos cuando vio a un hombre con cara de estar muy enfermo echado en el suelo. Se acercó a él y cuando le iba a coger de la mano para ver que le pasaba sus amigos gritaron:

- ¡No le toques tiene el Sida, te puedes contagiar!

Emmanuel no hizo caso, y mientras todos se apartaban, él se sentó a su lado, le cogió la mano, le incorporó abrazándole y acariciándole la cabeza; con dulzura iba pronunciando palabras a su oído que solamente el enfermo podía escuchar. Verdaderamente aquel hombre tenía muy mal aspecto, Emmanuel mirando a los que le rodeaban les preguntó.

- ¿No hay nadie que le pueda llevar al médico? Este hombre no puede andar.

La gente se retiraba y no contestaba, miraban hacia otro lado para no verse implicados.

Emmanuel se levantó, cogió al hombre en sus brazos, y empezó a andar camino del hospital. Por el camino pasaban taxis, carros y caballos pero nadie se ofreció a llevar al enfermo.

Cuando entró en el hospital, la gente se apartó cuando lo dejó sobre una camilla. Después de mucho esperar, se acercaron unos médicos y enfermeros y lo reconocieron, le hicieron análisis y cuando volvieron

con los resultados se dirigieron a Emmanuel que esperaba al lado del enfermo, dándole un poco de alimento.

– No hay nada que hacer, este hombre tiene el virus del sida y está haciendo un brote de pulmonía, es una infección añadida - iban añadiendo una serie de palabras técnicas incomprensibles, para acabar diciendo - no podemos hacer nada, llévalo a su casa para que muera en paz.

– Pero si hay medicinas que le podrían curar - dijo Emmanuel - algo podréis hacer, yo se que con tratamiento esta enfermedad es mas soportable y viven muchos años.

– Si, pero es una medicación muy cara. ¿Tú se la puedes pagar?

– No, yo no, nosotros somos pobres.

– Pues entonces haz lo que te digo y llévatelo

El enfermo parecía estar en una situación terminal, entre Cleofás y Emmanuel fabricaron una

camilla rudimentaria con dos palos y unos trapos y lo llevaron a casa de Cleofás.

Susana, la mujer de Cleofás, le arregló una cama en el lugar más tranquilo de la casa, y con su madre cuidaron de él, dándole de beber y lavándole. Pero ya se veía que poca cosa más podían hacer por él.

Emmanuel se sentó en el suelo a los pies de la cama, en silencio, orando a su Abbá por el enfermo desconocido. En un momento dado, este abrió los ojos y miró fijamente a Emmanuel:

– Señor, donde estoy?

– En casa de amigos, no temas, te cuidaremos. ¿Hay alguien a quien quieras avisar?

– ¿A quien voy a avisar? No tengo familia, soy un marinero de Sudáfrica, y mi barco me abandonó cuando se enteraron de que tenía la enfermedad maldita.

– Pues nosotros no te vamos abandonar. Reza a tu Dios para que te reciba a su lado en el momento de abandonar esta tierra.

– ¿Y quien es mi Dios? Unos le llaman Alá, otros Yahvé, los cristianos dicen que son tres, yo no creo en nada.

– Pues ya rezaré yo por ti

El hombre cerró los ojos y cayó en un profundo sueño. Pero la enfermedad seguía su curso y la respiración se iba debilitando. Aquella noche murió en brazos de Emmanuel que en susurros le hablaba del amor entrañable de su Abbá por todos los hombres, especialmente los más abandonados.

Cuando por la mañana entraron las mujeres para atender al enfermo, se lo encontraron descansado en el lecho con una plácida sonrisa y a Emmanuel sentado en el suelo orando. Donde antes había habido dolor, ahora había paz, donde angustia, serenidad, donde rebeldía, aceptación. Algo había sucedido aquella noche que había transformado al desconocido.

EN CONTACTO CON EL SIDA

El episodio del marinero de Sudáfrica dio que pensar a Emmanuel y su Comunidad; en algún lugar había hombres que les necesitaban, y tomaron la decisión de trasladarse a Sudáfrica. Emmanuel llamó a su madre, Miriam, y ella se lo explicó a la comunidad que había quedado en Palestina; varios de entre ellos tomaron la decisión de acompañar a Emmanuel en su viaje; fueron: Miriam y su hermano Mohamed, Jonathan, Ruth, Simón y Marta. De entre los nuevos amigos de Egipto le acompañaron Ali, Sadam y Hassan. Cleofás se quedó en su casa porque tenía hijos pequeños a quien cuidar.

Al poco tiempo de llegar a Sudáfrica, Emmanuel empezó a observar como por las calles se veían grupos de personas con aspecto de estar muy enfermas, que caminaban separadas de las demás y que la mayoría de la gente las evitaba. A veces estaban sentadas en grupos en el suelo, o se dejaban caer como si ya no pudieran más. Todos pertenecían a unas etnias de piel

oscura y vivían en barrios por donde no se veían apenas blancos.

Él iba con sus amigos y amigas buscando un lugar donde alojarse, finalmente llegaron a una casa que les habían indicado que se alquilaba por poco dinero. Hablaron con el dueño y después de pagar una cantidad adecuada por un mes, entraron sus pocas pertenencias y se acomodaron.

El barrio era muy pobre y observaron que también había personas con las características que antes les habían llamado la atención. En una casa vecina a la suya vivía una mujer con su hija, la madre parecía muy enferma y la hija era la que se cuidaba de ella. Por las mañanas salía muy pronto a trabajar, dejando a la madre sola y cuando llegaba ya entrada la tarde la limpiaba, aseaba y preparaba la comida para el día siguiente. Miriam, y Marta y Ruth trabaron amistad con Sgnundú y se ofrecieron para cuidar a su madre mientras ella se iba a trabajar.

Emmanuel, Alí, Sadam, Hasana y Jonathan se dieron a conocer en el barrio ofreciéndose para hacer

pequeños arreglos en las deterioradas casas a cambio de algo para comer. Mohamed se quedaba en casa con las mujeres para ayudarlas. Pronto les llamaron de muchas familias, porque había mucha gente mayor o enferma que vivían solas y ningún miembro de la familia joven y sana estaba allí para atenderles. Sin apenas darse cuenta, todo el grupo se involucró en la vida del barrio y al poco tiempo muchas casas ya tenían otro aspecto. Estaban limpias, la ropa tendida decía que se había lavado, los enfermos se sentaban al sol en vez de quedarse sobre un jergón sucio y dentro de las dificultades la sensación era de una mayor alegría.

Pero todos sabían que aquello no era la solución, en el país, enfermos de Sida había muchos y el número aumentaba de día a día. Cuidar a los enfermos con amor era posible, y su actitud se hacía contagiosa, cada vez había mas personas que venían de otros barrios mas afortunados para ocuparse de las personas enfermas y abandonadas, pero eso no curaba, solo paliaba las situaciones de abandono.

Especialmente activos eran dos jóvenes un muchacho llamado Lewis y una chica Carol. Ambos pertenecían a familias blancas acomodadas, pero sentían que la situación del país pedía un cambio y ellos estaban dispuestos a colaborar.

En casa de la Comunidad de Emmanuel se reunían por la noche muchos de los que durante el día habían estado trabajando en el barrio y hablaban del tema.

– Me han dicho que con una medicación apropiada muchos de estos enfermos mejorarían y podrían vivir muchos años. La medicación ya existe, son los retrovirales - dijo un día Lewis

– El otro día llevé a Tumba al hospital para ver si le atendían, pero dijeron que era una medicación muy cara y que el hospital no la pagaba - comentó Carol.

– No es justo que unos se puedan curar y otros no, solo porque no tengan con que pagar las medicinas, deberían ser para todos - terció Marta.

– Además - añadió Miriam - cuando vas con un enfermo al hospital la gente se aparta y no le dejan entrar, ni sentarse cerca de ellos por miedo de que les contagie la enfermedad. Sabemos que no se contagia fácilmente, si así fuera todos nosotros estaríamos ya enfermos. Es necesario un contacto directo de la sangre.

Emmanuel escuchaba en silencio, todos le miraron esperando su opinión, sabían por experiencia, que, cuando él escuchaba de esa manera estaba también hablando con el Abbá en el interior de su corazón y le pedía consejo sobre lo que tenía que decir. Ya sabían que sus palabras eran las palabras del Abbá. Durante un rato todos permanecieron en silencio orando para que el Abbá les iluminara.

Emmanuel finalmente dijo:

– Todo lo que decís es muy cierto, pero si bien no podemos dejar de cuidar a los enfermos hemos de hacer algo más para que estas personas puedan vivir y morir con dignidad.

En primer lugar hemos de romper su aislamiento, enseñar al resto de los ciudadanos que no son ni malditos de Dios, ni deben ser marginados. *Son todos Hijos de un mismo padre y hermanos nuestros.*

En segundo, lugar todos tienen derecho a los medicamentos que les puedan aliviar, todos, pobres y ricos son hijos del mismo Dios.

El como conseguir esto es lo que debemos meditar y ponernos de acuerdo sobre las acciones que nos llevarán a conseguirlo. ¿Qué os parece si fuéramos con un grupo grande de enfermos, todos los que pueden andar, nos sentáramos a la entrada del hospital y reclamáramos que se les atienda? Si vamos muchos tendrán que escucharnos.

A todos les pareció muy bien la idea y empezaron a hacer planes de como lo llevarían a cabo. Primero tenían que convencer a los enfermos que tenían que hacer el esfuerzo de salir de su casa donde se sentían protegidos, ir a la ciudad, dejarse ver, y reclamar sus derechos.

No fue fácil la tarea, porque muchos llevaban años encerrados y escondidos y no se sentían con fuerzas para caminar. Otros tenían vergüenza de su estado, porque se sentían culpables, pero finalmente convencieron a un buen número para que un día a la semana todos fueran al hospital, se sentaran a la puerta y exigieran el tratamiento.

Y así una semana y otra, cada viernes, un grupo cada vez más numeroso de enfermos del sida caminaba hasta la parada del autobús, y aunque los pasajeros protestaban se subían a él hasta el hospital y cuando llegaban se sentaban en las escaleras de la entrada mientras Emmanuel y otros voluntarios entraban a pedir atención médica. La primera vez salieron unos médicos y les dijeron que si no podían pagar que se fueran, que no los podían atender, pero como ellos insistieron, les cerraron las puertas y no les dejaban pasar. La segunda vez llamaron a la policía que intentó desalojarlos, pero cuando ellos se negaron, no se atrevieron a tocarlos por miedo a contagiarse. Y así durante muchos días y semanas. Cada vez se reunían

más enfermos de diversos barrios de la ciudad y siempre con el mismo resultado.

Hasta que uno de los voluntarios, Julián, tuvo una idea:

- Hemos de hacer que se entere todo el mundo de lo que pasa, vamos a llamar a la Televisión.

Vinieron las televisiones y salió por todas las cadenas de todo el mundo, "LOS ENFERMOS DE SIDA DE SUDÁFRICA HACEN MANIFESTACIONES EN LA PUERTA DE LOS HOSPITALES PARA RECIBIR LA ATENCIÓN MÉDICA QUE SE LES NIEGA".

El gobierno se sintió abochornado y quiso mediar buscando una solución política, prometiendo ayudas, pero la desesperación de los enfermos y su determinación ya no les podían hacer cambiar de idea:

- O recibimos atención médica completa, o nos moriremos en la puerta de los hospitales

La situación se prolongó durante meses, y el día que el primer enfermo murió en la puerta de un hospital, fue todo un clamor mundial el que se levantó contra los fabricantes de la medicación que no querían bajar los precios, se empezaron a recoger firmas por Internet, grandes ONGs se encargaron de hacer llegar el clamor de los enfermos desatendidos a lo largo y ancho del mundo occidental, que se sintió avergonzado, los gobiernos finalmente presionaron para que los retrovirales llegaran a precios reducidos a los países más pobres y primero poco a poco y después de forma ya masiva se empezaron a repartir entre los enfermos.

Muchos estaban con la enfermedad tan avanzada que ya poco se pudo hacer por ellos, pero para muchos otros la ayuda llegó a tiempo, y fueron estos y sus familiares los que propagaron por el pueblo como la Comunidad de Emmanuel había empezado a trabajar por la curación de los enfermos de sida en su barrio y que todos podían hacer lo mismo en sus ciudades y pueblo.

EN UN PAÍS LEJANO

Emmanuel y sus amigos llevaban una vida itinerante, nunca sabían donde dormirían la semana siguiente. Desde África del Sur cogieron un carguero que les llevó en dirección a oriente. Con su trabajo pagaron el pasaje y después de muchos días de travesía llegaron a una ciudad bulliciosa, donde la gente se amontonaba en las calles, incluso vivían, dormían y morían en ella. En medio de todo ese bullicio se encontraron con unos santones que en permanente postura de meditación, con una escudilla delante de ellas, solo vivían de lo que les dejaban los viandantes. Parecía como si el mundo no contara para ellos.

También quedaron admirados de la cantidad de hermosos templos que había por doquier, de las riquezas que los adornaban en contraste con la pobreza en que vivía la mayor parte de la población. No acababan de entenderlo y como ya se empezaba a

convertir en una costumbre se dirigieron hacia Emmanuel para que les iluminara.

– ¿Son necesarios esos magníficos templos para dirigirnos a Dios? ¿Te oye mejor desde la magnificencia de un templo lleno de oro y de ofrendas o desde la escudilla del mendigo?

Los amigos de Emmanuel le veían que frecuentemente se retiraba a un lugar solitario para hablar con su Abbá, cuando volvía su rostro estaba transfigurado y todo su ser emanaba una paz y dulzura extraordinarias.

La mayoría eran personas religiosas y sabían cómo orar según sus diferentes tradiciones; llamaban a Dios con nombres diferentes, pero sabían que era el mismo Dios de todos los hombres. Incluso los que no eran muy religiosos, en momentos difíciles buscaban algo o alguien superior que les aclarara sus dudas y ayudara a encontrar solución a sus problemas.

Pero con Emmanuel era diferente, su trato con Dios era como muy cercano, como con un amigo en el

que se confía ciegamente y con el que se puede contar siempre, por eso todo el grupo deseaba que les enseñara a orar como lo hacía él, y un día cuando estaban en uno de esos momentos que se prestan a las confidencias se atrevieron a decirle:

– *¿Por qué no nos enseñas a orar a tu Abbá, como lo haces tú?*

Emmanuel les contestó:

– *Cuando oréis retiraos a la soledad de vuestra habitación y no utilizéis muchas palabras, vuestro Padre conoce vuestras necesidades y os está escuchando en el interior de vuestros corazones. Sencillamente decid:*

– ***Abbá, Padre***

Y con las manos abiertas conociendo que estáis delante de él, sabiéndoos necesitados y pobres buscad en el silencio sus palabras secretas, sin prisas, sin angustias, en paz. Y cuando seáis conscientes de lo mucho que habéis recibido, dadle gracias elevando las manos

– ***Santificado sea tu nombre***

Agradecedle el nuevo día, todos los días que os ha concedido vivir, la salud, la enfermedad, el cielo y la tierra, la lluvia y el sol, pero sobre todo dadle gracias por las personas que os habéis encontrado en vuestro camino a lo largo de vuestra vida, los que os han amado y los que no lo han hecho, de todos habéis sacado beneficios aunque no lo sepáis ahora. Y cuando todos estos bienes sean bien patentes en vuestra mente unid las manos sobre vuestro corazón para hacerlos vuestros diciendo

– ***Venga a nosotros tu Reino***

Acoged en silencio y con amor todo el Amor que él os da y permaneced así disfrutando de la paz que os es transmitida. Pero vosotros no sois los únicos que podéis beneficiaros de lo que el Abbá tiene destinado a todos los seres, llevadlo a todos dirigiendo una mano a la tierra que os alimenta y la otra a los cielos para recogerlos que os envuelven,.

– ***Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.***

Sois intermediarios entre la tierra y el cielo, todos los bienes son de todos y a todos se han de dirigir, sentid como de vuestro corazón lleno del amor de Dios surgen rayos de luz que iluminan primero a los que tenéis mas cerca, y el circulo se va agrandando, agrandando hasta que toda la tierra es un globo de luz de amor, del que vosotros también formáis parte. En este momento nos hacemos conscientes de las necesidades de todos nuestros hermanos, y vamos a ofrecernos para solucionarlas, con las manos abiertas y los brazos extendidos pidamos por todos:

– *Danos el pan de cada día*

En este momento nos hacemos conscientes de todas las personas que pasan necesidad, de los que no tienen comida, de los enfermos, de los que están solos, de los emigrantes y desplazados, de los perseguidos por causa de la justicia, de los pobres y los que lloran, y a todos ellos ofrecemos nuestra ayuda. Nos entregamos libremente a Dios para que haga con nosotros aquello que crea oportuno para ayudar a los necesitados; sin reservas nos ponemos a su servicio.

Somos conscientes de nuestras limitaciones y uniendo la manos, inclinando el cuerpo y con la cabeza baja pedimos perdón por nuestros pecados y por los de todos los hombres.

– *Perdónanos nuestras ofensas*

Nos equivocamos muchas veces, y nuestros hermanos sufren por nuestra causa, pidamos perdón por ello, pidamos también perdón por los que por afán de poder provocan guerras, por los terroristas, por los torturadores, por todos aquellos que causan daño a seres inocentes, por los que destrazan la tierra, por ellos y por nosotros pidamos perdón. Pero no podemos pedir perdón si guardamos rencor en nuestro corazón a aquellos que en un momento u otro nos han hecho sufrir, perdonemos nosotros también:

– *Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.*

Extendamos las manos delante nuestro como si quisiéramos cubrir las cabezas de aquellas personas que nos han hecho daño. Recordemos sus rostros y sus

nombres, enviémosles esa luz de la que nos hemos llenado durante nuestra oración

– *No nos dejes caer en la tentación y líbranos de mal*

Postrados en tierra, con la frente en el suelo entreguémonos a nuestro Padre para que cuide de nosotros como cuida un padre o una madre terrenal de sus hijos pequeños, visualicemos a un padre y a una madre con su hijo pequeño en brazos y sintámonos como ese niño, confiados, alegres, seguros. Ningún mal nos alcanza cuando estamos en brazos de nuestro padre o de nuestra madre, sintámonos así y reposemos confiados en brazos de Dios. Pidámosle especialmente que nos libre del mal interior que destroza a las personas, del odio, del orgullo, de la envidia, del sentirnos superiores, pidámosle que nos haga como niños pequeños en sus manos y que nunca perdamos la esperanza.

De esta manera orad y podéis estar seguros que *vuestro Padre os escucha y no os abandona.*

ID Y PREDICAD

En su camino por las ciudades del occidente opulento, Emmanuel y sus amigos y amigas se encontraron muchas veces con personas que vivían en la más terrible miseria. Vieron hombres y mujeres durmiendo por las calles, en los bancos, en las esquinas de las casas, en los soportales de las iglesias...

La gente pasaba por su lado indiferente, o al menos eso parecía. Algunos tenían una gorra o una caja delante de ellos para que los viandantes tiraran alguna moneda, pero había poca gente que les dejara nada, más bien los miraban con recelo y se apartaban al pasar por su lado como si temieran que les ensuciaran solo con su aliento, que por cierto muchas veces olía a vino.

Una noche, cuando Emmanuel y sus amigos se reunían para compartir las experiencias por las que habían pasado mientras también compartían los alimentos, les preguntó

– ¿Os habéis fijado en la gente que vive en la calle? ¿Podríamos hacer algo?

– Podríamos darles una limosna de lo que nos sobra - dijo uno de ellos

– Podríamos llevarles algo de comida - dijo otro

– Podríamos pagarles una noche de dormir en una pensión - comentó una más generosa

Emmanuel se quedó pensativo.

– ¿Creéis que la solución está en el dinero? ¿No pensáis que hay algo más? ¿Sabemos por qué están en esta situación estas personas?

Todos se quedaron mirándole, a aquellas alturas ya sabían que cuando Emmanuel hacía preguntas no era solo para lograr respuestas inmediatas, sino por algo más, y siempre sorprendente.

– Vamos a probar una cosa nueva. Mañana por la tarde cuando veamos esas personas cada uno de vosotros y vosotras os sentaréis al lado de uno de ellos e intentaréis trabar

conversación con ellos. Solo eso, hablad como si fuera un vecino de vuestra calle y a ver que pasa.

Dicho y hecho. La tarde siguiente todos se dispersaron de dos en dos y como quien no quiere la cosa se sentaron al lado de algunos de los muchos pobres que ya buscaban un lugar para pasar la noche.

La mayoría fueron recibidos con recelo y solo pudieron intercambiar unas pocas palabras, incluso hubo movimientos agresivos que les obligó a levantarse y marcharse, pero después de insistir unas cuantas veces a algunos de los hombres de la calle se le desataba la lengua y contaban su historia.

Historias tristes, de soledad, de incomunicación, de drogadicción, los había jóvenes y viejos, hombres y mujeres, aunque predominaban los hombres. Los amigos de Emmanuel pasaron aquella noche escuchando historias tristes, algunos se dejaban invitar a un café con leche o un plato de sopa al bar mas cercano, otros aun conservaban su orgullo y

decían no necesitar nada. Todos volvieron a la casa común con el corazón encogido.

Una de las mujeres comentó:

- En nuestro país hay pobreza, pero no se ven personas abandonadas, sobre todo ancianos
- Si supiéramos cual es la causa de estas situaciones, se les podría encontrar solución.
- ¿Por qué hay tantas personas en los márgenes de esta sociedad rica y donde parece que nada falta?
- ¿No será que todo no es tan maravilloso como parece?

Estuvieron muchas horas en animada discusión y todos coincidieron en que darles de comer o cobijo una noche no solucionaría el problema. Emmanuel callaba, solo habló para proponerles repetir la experiencia la noche siguiente procurando coincidir con las mismas personas que habían encontrado, lo cual no fue muy difícil de llevar a cabo porque esas personas tenían como un especial sentido de la

propiedad del portal, cajero automático, rincón que ocupaban.

La segunda noche fue más fácil trabar conversación y muchos contaron su historia de decadencia lenta, de adicción al alcohol, de demencia sin tratamiento, de ruptura con los lazos familiares... y así tantas y tantas causas que a más de uno llevó a pensar que cualquiera de ellos habría podido encontrarse en esa situación si las circunstancias lo hubieran llevado a ella.

Cuando al día siguiente se volvieron a reunir para explicar sus experiencias Emmanuel les contó las suyas.

– Hoy me he encontrado con alguien que estaba haciendo lo mismo que nosotros, se sentaba al lado de uno de los habitantes de la calle y hablaba con él. Juan y Andrés se conocían desde hacía varias semanas. Juan era el que dormía en la calle y Andrés tenía una casa, donde volvía cada noche después de ir a ver a su amigo Juan. Se trataban como

verdaderos amigos y Andrés propuso a Juan que al día siguiente le acompañaría a un lugar donde le darían ropa limpia, se podría duchar y comer algo sustancioso. Juan esta propuesta ya la conocía, y por lo visto nunca la había aceptado. Yo me mostré interesado en el tema y le pedí a Andrés que me acompañara un día. Mañana podíamos ir todos

Dicho y hecho, al día siguiente se encontraron con Andrés que se alegró mucho de conocer al grupo de los amigos y amigas de Emmanuel, y todos juntos se dirigieron a un viejo caserón del barrio antiguo, donde ya se veía un trasiego de gente que entraba y salía. Andrés pasó el primero saludando a unas mujeres que había en la entrada presentándolos como "Mis amigos" y de pronto se encontraron en una habitación llena de hombres y mujeres hablando todos a la vez, sentados ante unas mesas en las que se veían tazones de café con leche humeante y un plato de pan, pastas y galletas.

Unas mujeres que andaban como si volasen, tan rápidamente se movían, recorrían las mesas rellenando las tazas de café y de cuando en cuando se sentaban en una de ellas y entablaban conversación con los hombres que desayunaban. Pero al cabo de poco se levantaban y volvían a llevar más café y bollos a otras mesas.

Andrés les llevó hasta un mostrador que había al fondo, donde se iban rellenando las cafeteras y las cestas de pan y bollos. Se dirigió a uno de los hombres que estaba allí y les presentó de nuevo como "Mis amigos"

– Julio, estos amigos y amigas quieren conocer el centro, ¿podrías acompañarles? Yo estaré por aquí.

– Venid, esto que veis es el final del recorrido, vamos a empezar por el principio.

Y los llevó por un pasillo con puertas a derecha e izquierda que se abrían a habitaciones más pequeñas donde algunas personas descansaban en literas o hacían paquetes con sus pertenencias.

– Al fondo están las duchas - dijo José

Había duchas para hombres y para mujeres, y antes de entrar todo el mundo recibía una toalla y un paquete de ropa para cambiarse y una bolsa de plástico.

– Es para poner la ropa sucia, luego se la lavamos y secamos mientras desayunan

Los que salían de las duchas ya limpios, peinados parecían otras personas que antes de entrar; a muchos hasta les había nacido una sonrisa.

Cuando se encontraron de nuevo con Andrés, maravillados le preguntaron:

– ¿Vienen aquí todos los sin techo de esta ciudad?

– ¡¡¡Oh no!!! No podríamos darles acogida. Hay varias organizaciones como la nuestra por toda la ciudad, y no damos abasto. Pero lo más importante no es lo que estáis viendo, lo más importante es la relación de amistad que se teje uno a uno con ellos. Son personas que han sufrido mucho y no se fían de nadie, hay que

devolverles su autoestima, encontrarles un sitio donde vivir, buscarles trabajo o tramitarles una pensión, llevarlos al médico, vigilar que sigan el tratamiento o simplemente estar a su lado y hacerles compañía, que sepan que te pueden encontrar y donde.

– ¿Quién hace todo el trabajo?

– Muchos voluntarios y voluntarias, profesionales de los servicios sociales, socios que nos facilitan los medios, subvenciones públicas..... pero todo es poco. Como habéis visto vivimos en una sociedad que va dejando en los márgenes a las personas menos protegidas o que en un momento dado se caen del tren del progreso.

Estuvieron mucho rato con Andrés haciéndole preguntas y cuando volvieron a su casa se sentaron alrededor de Emmanuel para escuchar lo que tenía que decirles, seguro que algo les diría. Durante el día no había hablado mucho, pero miraba todo con intensidad.

Estos días hemos vivido cosas muy importantes, primero nos sentimos implicados por unas personas que vivían en la calle, a ellos no llegan los beneficios de una sociedad avanzada, son como ovejas sin pastor. Nuestro Abbá no quiere que los hombres sufran de esta manera, hemos de hacer un pueblo nuevo, donde la justicia y el amor sean el objetivo de la sociedad. *Es como un tesoro escondido, que cuando lo encontramos no lo queremos perder y daríamos todo lo que tenemos para conservarlo.* Algunos parece que lo han entendido, como Andrés y los voluntarios y voluntarias que hemos visto hoy, *ellos son la sal de la tierra,* solo hombres y mujeres así pueden hacer cambiar la sociedad, no es suficiente con que les den ropa limpia y comida cuando puedan, como decía Andrés hay muchas más cosas que hacer. Ese es el nuevo Pueblo que hemos de poner en marcha, *vosotros sois la luz del mundo, no os podéis esconder.* A todos

Nosotros nos toca poner en marcha este mundo nuevo que todos esperan. Tenemos mucho trabajo por delante. El silencio después de estas palabras de Emanuel era profundo, rico, todos se dieron cuenta de que habían oído que les marcaría la vida: **hacer un mundo nuevo donde reinara ka paz, la justicia, el amor...**

LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

Emmanuel y sus amigos viajaban de una ciudad a otra y en todas hacían amigos y dejaban grupos de comunidades que recordaban sus enseñanzas y actuaban como él. Una vez llegaron a una moderna ciudad llena de coches, tiendas, grandes almacenes y edificios de muchos pisos. Por la calle la gente parecía que siempre iban con prisa, no se saludaban los unos a los otros porque no se conocían, no tenían tiempo de hablar y de saber nada de la vida de sus vecinos.

Los amigos y amigas de Emmanuel miraban entusiasmados los escaparates de las tiendas, llenas de productos atractivos, se acercaban para comentar lo hermoso que era todo y se quedaban fascinados delante de las luces y la música que salía de los locales. Les hubiera gustado comprarlo todo, pero cuando preguntaban los precios y contaban el dinero que les quedaba se daban cuenta de que no tenían ni para empezar.

Emmanuel iba callado, observándolos y sonriendo suavemente delante de la excitación de sus amigos. Llegó un momento que tuvieron hambre y se pararon a discutir donde entrarían para comer. Había muchos lugares que se anunciaban como bares, restaurantes y cafeterías, tenían los precios en la puerta y empezaron a buscar cual les convendría más. Cuando se decidieron después de mucho discutir, entraron en un pequeño restaurante donde les pareció que los precios no eran demasiado caros.

La comida fue abundante y sabrosa, y cuando se fueron después de pagar, Emmanuel solo hizo un comentario:

– ¿Os habéis dado cuenta de que la gente come deprisa sin hablar?

Todos asintieron, estaban acostumbrados a sus comidas comunitarias, donde todos habían colaborado y donde tan importante como saciar el hambre era el contacto personal de los unos con los otros.

Emmanuel continuó:

– Las personas de esta ciudad no parecen felices, ¿habéis visto que siempre van corriendo a todas partes? Deben estar muy ocupados y no tienen tiempo para estar con sus amigos. Incluso cuando van dos o mas juntos, si hablan es atropelladamente y sin escuchar lo que el otro les va a responder.

Los amigos de Emmanuel no se habían dado cuenta de este detalle, ocupados como estaban de mirar las luces y los escaparates.

– Pero Maestro, estas personas parecen satisfechas, van bien vestidas, bien alimentadas, fíjate cuantos gordos hay entre ellos, tienen al alcance de su mano todo lo que vemos en las tiendas. ¿Que les falta para ser felices?

Emmanuel les miró con sorna, pero no contestó, sabía lo deslumbrados que estaban por lo que veían y que sus palabras servirían de bien poco. Su pedagogía era la de esperar, ya se darían cuenta por ellos mismos.

Cuando cayó la tarde, volvían a la pensión donde estaban alojados en un barrio un poco alejado del centro de la ciudad y paulatinamente fueron viendo la diferencia. Allí las calles ya no estaban iluminadas, las tiendas eran pequeñas y ya iban cerrando, había muchos bares de los que salían voces, música fuerte y de cuando en cuando algún cliente salía dando trompicones como si no supiera donde iba.

Uno de estos últimos tropezó con el grupo y empezó a insultarlos.

– ¿Que hacéis en medio de mi camino?

¡Fuera de aquí! ¡Moros asquerosos!

Todo el grupo se quedó parado sin saber que hacer, miraron a Emmanuel, siempre lo hacían cuando se encontraban en una situación de la que no sabían salir. Este no se había alterado, acercándose al hombre le dijo suavemente:

– ¿Que te sucede, hombre? ¿En qué te hemos ofendido? ¿Necesitas algo?

– ¡Yo que voy a necesitar, mierda de moro, vete a tu país y no vengas aquí a robar!

Antes estas palabras todos se indignaron, les habían llamado ladrones y eso no lo podían consentir. Mohamed, que era el más exaltado se acercó amenazador

– ¡Cuidado con lo que dices, borracho!

Parecía que las cosas iban por mal camino, porque los clientes del bar al oír las voces habían salido y se habían arremolinado alrededor del grupo, y sin saber de que iba la cosa empezaron a increparlos. De las palabras pasaron a los hechos y los más atrevidos golpearon y zarandearon violentamente a Emmanuel, al que evidentemente se veía como el jefe del grupo, sus amigos se indignaron y lucharon por defenderle. En pocos minutos se montó una pelea callejera con gritos, golpes, insultos y ya nadie sabía porque había empezado. El dueño del bar, al que no le gustaban tampoco los extranjeros llamó a la policía municipal y en pocos momentos dos coches de la policía con las sirenas en marcha irrumpieron en la calle.

Al oír las sirenas de la policía los agresores salieron corriendo y Emmanuel y sus amigos quedaron en el suelo, magullados y desconcertados.

– A ver, documentación, - dijo un policía.

Todos se apresuraron a sacar sus pasaportes, a todos les había caducado el visado y así se los hizo ver el policía.

– Ustedes son ilegales, ¿saben que no tienen derecho de estar en este país?

Emmanuel habló por los demás:

– Estamos de paso, no podemos volver a nuestro país, somos palestinos y no podemos entrar ahora, dada la situación. Nosotros no hacemos daño a nadie.

– Venga, todos a comisaría, allí explicaréis todo al comisario, pero primero pasaremos por el hospital por si se os han de curar alguna herida.

Entre una cosa y otra pasaron varias horas y cuando les dejaron salir de la comisaría, con una orden de expulsión encima ya era de madrugada.

Llegaron a la pensión donde les esperaban las mujeres angustiadas, ellas habían salido por su cuenta y habían vuelto antes, y al ver que no venían, no sabían que hacer ni a quien acudir. Cuando los vieron llegar con señales de las magulladuras no pudieron más y se pusieron a llorar y lamentarse.

Emmanuel los reunió a todos y se sentaron para escucharle:

– Demos gracias a Dios, porque hoy os ha permitido ver las dos caras de esta sociedad occidental y opulenta, que por un lado incita al gasto y la posesión de bienes materiales y por otro rechaza a los que no tienen lo necesario para adquirirlos. Mirad, vosotros y vosotras estabais encandilados delante de los escaparates y pensabais que todos tenían acceso a las maravillosas cosas que había dentro, luego habéis visto que no podías adquirirlas con el poco dinero que tenemos y os habéis sentido frustrados. Pero lo peor ha venido cuando habéis sido agredidos y

rechazados violentamente por ser diferentes de los demás. Nos han insultado, nos han pegado, nos han detenido y tenemos una orden de expulsión, solo por ser diferentes y de otro país al que no podemos volver, pero yo os digo: *No guardéis rencor en vuestros corazones, amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros. Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*

LA SEMILLA

A Emmanuel le encantaba contar historias y muy a menudo reunía grupos de gente a su alrededor que le escuchaban con la boca abierta. Un día les explicó esta historia:

“Había una vez un profesor de matemáticas de un colegio, que se daba cuenta de que sus alumnos no asimilaban los difíciles teoremas que les planteaba. El se esforzaba por hacerlos mas comprensibles para los inexpertos alumnos, pero siempre pasaba lo mismo, a la hora de hacer los controles unos demostraban que no habían entendido nada y otros lo habían captado con mayor o menor acierto.

Esto le tenía preocupado y se dedicó a observar, sin decir nada, en qué se ocupaban sus alumnos mientras él daba la clase, y lo que observó confirmó sus intuiciones.

Vio a uno al que se le cerraban los ojos y se quedaba dormido sobre la mesa, probablemente no había dormido la noche anterior lo

suficiente viendo la tele o jugando con la consola.

Otro disimuladamente leía una revista que tenía debajo de la mesa.

En la última fila había dos que se pasaban papeles con no se que cosas escritas.

Unos cuantos miraban las moscas volar y alguno hasta las cazaba cuando se posaban sobre su mesa.

Solo a unos pocos se les veía interesados en el tema, tomando apuntes y haciendo preguntas de cuando en cuando, y el profesor se dio cuenta de que aquellos eran los que sacaban buenas notas en los controles.”

-Y ¿qué nos quieres decir con eso? - Le preguntaron sus oyentes - nosotros ya no somos niños de colegio

Emmanuel se lo explicó:

- Si queréis que el Nuevo Pueblo crezca entre nosotros, tenéis que hacer como el profesor que observa a sus alumnos, uno a uno, todos son importantes y a todos les ha de

llegar la semilla del conocimiento, de la palabra, pero cada uno la va a recibir de una manera diferente, y de manera diferente la pondrá en práctica, el que se duerme durante la clase es la persona que está tan preocupada con la lucha por la vida y por sobrevivir que no tiene fuerza para nada más, los que leen revistas debajo de la mesa son los que se dejan dominar por la sociedad de consumo y no tienen tiempo para ocuparse de su vida interior, los que se pasan papeles a escondidas del maestro son los que no creen que sus enseñanzas sean importantes y prefieren ocuparse de sus asuntos, los que miran a las moscas volar son los indiferentes a los que nada les importa, finalmente hay el grupo de los que se interesan y toman apuntes y preguntan esos son los que llegarán a aprobar la asignatura de la vida porque han estado atentos al momento presente.

Pero no olvidéis que todos son importantes y que a todos ha de llegar el mensaje del amor

de Abbá, que cada persona es imagen de Dios y vosotros tenéis que ayudarles a descubrirla en su interior.

En otra ocasión les dijo:

Una vez había un hombre muy rico que siendo consciente de que sus riquezas tenía que compartirlas hacia grandes donativos a obras de caridad y era socio de muchas ONGs, pero se negaba a compartir su tiempo con personas con dificultades, a conocerlas de cerca y pensaba que dando dinero ya había cumplido su obligación con los pobres.

Había en cambio una viuda pobre, con un pensión muy pequeña que a duras penas le permitía pagar un modesto piso y los gastos corrientes, pero era amiga de todo el barrio, conocía las necesidades de sus vecinos y siempre era la primera en acudir en ayuda del que lo necesitaba; tanto si era una mujer deprimida, como un joven en paro, o un niño triste. Muchas veces se quedaba sin cenar porque había dado lo

que le quedaba a una vecina cargada de hijos y que el marido la había abandonado.

¿Cuál de ellos creéis vosotros que cumple mejor con el mandato de "Amad a Dios y al prójimo?" Os aseguro que la viuda tiene un tesoro guardado para la otra vida, pero al hombre rico le servirá de poco todo lo que ha dado, porque es de lo que le sobra y en cambio ella da de lo que necesita.

LA MADRE BUENA Y SUS DOS HIJAS

Una vez había una madre que tenía dos hijas, Estrella la mayor y Raquel la pequeña.

La madre se había quedado sola con las niñas muy pequeñas y había tenido que trabajar mucho para sacarlas adelante. Por eso muchas veces Estrella se había quedado cuidando a Raquel mientras la madre que se llamaba Johana iba a trabajar.

Estrella era una niña muy responsable, pero también muy exigente, quería que su mamá estuviera contenta cuando venía cansada de trabajar y procuraba tener todas las cosas recogidas y los deberes hechos cuando ella venía.

Raquel era más traviesa y nunca se acordaba de que tenía que recoger, ni donde se ponían las cosas. Era una niña muy alegre que le gustaba jugar mucho pero se confiaba en que su hermana ya le haría el trabajo. Esto ponía de mal humor a Estrella que veía que su hermana

pequeña no la ayudaba, la reñía muchas veces y hasta se peleaban.

Pero la madre las quería a las dos lo mismo y cuando volvía a casa jugaba con ellas aunque estuviera muy cansada y nunca les faltaba nada.

Cuando se fueron haciendo mayores las peleas entre las hermanas se fueron haciendo cada vez más fuertes y esto hacía sufrir mucho a la madre pero por mucho que se lo decía ellas no hacían caso. Cada una se creía que tenía la razón y ninguna quería dar su brazo a torcer.

Estrella era muy estudiosa y sacaba muy buenas notas en el colegio; pronto se vio que era muy inteligente y estudió la carrera de ingeniero, siendo el número uno de su promoción. La madre, Johana, estaba muy orgullosa de ella y decía a sus amigas:

- ¿Veís que hija mas inteligente tengo? Trabaja y estudia, me ayuda en la casa, es una hija perfecta.

Esto llenaba de orgullo a Estrella y hacía que cada vez se esforzara más para tener contenta a su madre.

Raquel era todo lo contrario, no le gustaba estudiar, nunca se acordaba de hacer los deberes, traía malas notas del colegio, solo le gustaba una cosa: la música; cuando escuchaba música se podía quedar horas sin rechistar. También le gustaba tocar instrumentos, tocaba la guitarra y pronto empezó a aprender a tocar el piano, y lo hacía muy bien. Era muy alegre y siempre reía, le gustaban las fiestas y tenía muchos amigos y amigas.

Su madre también estaba orgullosa de ella, cuando Raquel estaba en casa siempre se oían risas y canciones, y decía a sus amigas:

- Mi hija Raquel es como un pajarito, siempre cantando, es la alegría de mi vida.

Esto hacía muy feliz a Raquel que quería mucho a su mamá, pero daba un poco de rabia a Estrella que quería ser la primera en todo

incluso en el cariño de su mamá, y no entendía que ella las quería a las dos lo mismo.

Fueron pasando los años y las niñas se convirtieron en mujeres, Estrella encontró un trabajo muy bueno y seguía viviendo en casa de su madre ayudándola económicamente con lo cual las carestías y estrecheces que habían pasado de pequeñas quedaron olvidadas. Raquel solo pensaba en la música, tocaba en conjuntos, iba de fiesta en fiesta y empezó a hacer amigos que no le convenían.

La madre lo veía pero no decía nada, porque confiaba en ella y esperaba que algún día se diera cuenta donde estaba la verdadera felicidad.

Raquel se enamoró de un músico que como ella se ganaba la vida tocando por los pueblos de fiesta en fiesta. Pero esto no era lo peor, lo malo era que empezaron a beber más de la cuenta y a tomar drogas que los iban matando poco a poco. Ellos no se daban cuenta al principio y por eso no hacían caso de los que les avisaban de que la felicidad no se encontraba

en esas sustancias que de momento dan mucha felicidad pero después destruyen el cuerpo y el espíritu.

Un día Raquel dijo a su madre que se iba a un país muy lejano para conocer otras cosas y probar nuevas aventuras, le pidió a su madre dinero para el viaje porque ella nunca tenía nada ahorrado, y su madre le dio todos sus ahorros sin decírselo a Estrella.

Y Raquel se fue sin despedirse de nadie y pasaron muchos años sin saber de ella. Pero la madre se acordaba cada día y lloraba cada noche porque no la telefoneaba ni le escribía una carta.

A Raquel le pasaron muchas cosas, unas buenas pero casi todas malas, conoció gente muy interesante que mientras tuvo dinero iban con ella, la animaban y acompañaban a todas las fiestas. Pero un día se le acabó el dinero y tocando por las calles no se sacaba ni para comer. Se tuvo que poner a trabajar y como no sabía nada más que tocar instrumentos le ofrecían los trabajos más malos que nadie

quería. Fregaba suelos, limpiaba las calles, recogía la basura, pero la pagaban muy mal y vivía de mala manera.

Cuando estaba tan mal se acordaba de su madre y de su hermana y pensaba lo feliz que había sido cuando vivía con ellas. Pero no se atrevía a llamarlas ni a volver. Pensaba que nunca la perdonarían el haberlas abandonado y sobre todo como Estrella le diría "¡No te lo decía yo!"

Un día se puso enferma, cogió una enfermedad muy mala que en el país donde vivía no la podían curar, todos sus amigos la habían dejado sola y no la iban a ver por miedo a que les contagiara la enfermedad, aquel novio músico hacía tiempo que no sabía donde estaba y vagaba sola por las calles sin tener donde dormir. Apenas tenía dinero para comprar un poco de comida, cuando pasó por delante de un locutorio telefónico.

- Y si llamara a mi madre? _ pensó _
Con el dinero que me queda podría hacerlo, ella me podría mandar mas

dinero. Le diré que me perdone y que me deje volver a su lado a morirme que estoy muy enferma.

Cuando llamó a su casa cogió el teléfono Estrella.

- Vaya, ya era hora que llamaras! _ dijo con voz desabrida _ ¿Sabes lo que has hecho llorar a mamá?

- Por favor Estrella, escúchame, estoy muy enferma y me voy a morir si no me ayudáis, dile a mamá que estoy en esta dirección. _ y le dio el nombre de la calle de la ciudad donde vivía.

Estrella luchó durante un tiempo con la duda de decirle a su madre que había llamado Raquel pero después venció su amor por la hermana y aunque aun estaba enfadada con ella se lo dijo a la madre. La madre cuando se enteró donde estaba su hijita pequeña Raquel después de dar un beso a Estrella salió corriendo hacia el aeropuerto y cogió el primer avión hacia el destino donde estaba Raquel Tardó en llegar, y le costó trabajo encontrar la dirección

que le habían dado y cuando llegó se le cayó el alma a los pies. ¡Su hija vivía allí! Era una barraca de hojalata con el suelo lleno de riachuelos de agua putrefacta, por la que correrían las ratas y la gente que había por aquella barriada no tenían cara de muy buenos amigos.

Entró en la casa y vio a su hija tirada en el suelo, con solo unos cartones protegiéndola del barro y el agua y una manta hecha jirones que apenas la cubría, tiritaba de frío y de fiebre y deliraba. No reconoció a su madre que llorando la abrazó.

Pocos días después, Raquel más repuesta, acompañada de su madre cogía el avión de vuelta para casa; ninguna de las dos hablaban, se abrazaban y se miraban, la madre solo sabía decir

- ¡Hija mía, hija mía! - y Raquel lloraba.

Cuando llegaron a casa Johana llevó a Raquel al mejor hospital que había en su ciudad para que la pusieran el tratamiento necesario

para curarla. Estuvo muchos días ingresada y poco a poco empezó a mejorar. Johana se pasaba las horas a su lado, pero su hermana Estrella no venía a verla nunca.

- ¿Qué le pasa a Estrella, mamá, por que no viene a verme?

- No lo se hija, tiene mucho trabajo _ la excusaba la madre.

Pero la verdad es que Estrella estaba muy enfadada porque la madre no se separaba del lado de Raquel

Cuando Raquel se puso mejor y los médicos le dijeron que se podría ir a casa Johana se lo dijo a Estrella.

- Mañana a tu hermana le dan el alta y la traeré a casa. ¿Quieres ayudarme a preparar su habitación?

- ¡No pienso!

- ¿Que te pasa hija? ¿Por qué te pones así?

- ¿No te das cuenta? Tanto tiempo que he vivido a tu lado, que te he dado todo lo que ganaba trabajando y ahora

esta hermana pelandusca que se gastó tus ahorros en juergas y drogas y la recibes como si no hubiera pasado nada. ¿Es que no te das cuenta?

- ¡Hija mía! _Dijo la madre abrazándola _ Todo lo mío siempre ha sido tuyo, todos los días de mi vida los he compartido contigo, te quiero por que eres mi hija, pero a tu hermana la habíamos perdido, estaba muerta y ha vuelto a la vida ¿cómo no quieres que me alegre?

EL MOTORISTA SOLIDARIO

Una vez había un tal Jaume que tenía un coche nuevo, se lo había comprado hacía poco y le gustaba ir por la autopista a toda velocidad adelantando a todos los coches. Llevaba las ventanillas cerradas por el aire acondicionado, y la radio a todo volumen. Corría tanto que no se daba ni cuenta de por donde pasaba, no veía los árboles, ni las montañas, ni los ríos, solo veía las señales de tráfico, y porque eran muy grandes y le decían por donde tenía que ir.

Por eso no se dio cuenta de alguien que al lado de la carretera movía las manos pidiéndole que se parara. Siguió corriendo, corriendo para llegar a ninguna parte.

Por la misma carretera circulaba un coche muy, pero muy caro, lo conducía un chofer con gorra y detrás iba sentado un señor con gafas, que se dedicaba a la política, que leía unos papeles que sacaba de una cartera y de cuando en cuando hablaba con el móvil con diferentes personas.

El chofer también vio a alguien que hacía señas al borde de la carretera, pero no se atrevió a parar porque el señor de los papeles le hubiera reñido y era su jefe. Y el señor de los papeles estaba tan enfrascado en leer papeles y hablar por teléfono que no se enteraba de nada de lo que pasaba a su alrededor.

Por aquella misma carretera pasó un poco más tarde una señora con un pequeño utilitario viejo y lleno de abolladuras, la señora era ya mayor y no tenía prisa por llegar a donde fuera que iba. Prefería mirar el paisaje y fijarse en los árboles, el sol y los pueblos por donde pasaba. Todo era muy bonito y se sentía feliz. También vio a la persona que le hacía señales con la mano, pero recordó que la habían avisado de que no se parara en la carretera porque había ladrones que usaban ese truco para robar a los conductores e hizo ver como que no lo veía y siguió adelante.

La persona que hacía señales en la carretera pensó que nadie la vendría a ayudar. Era un hombre ya mayor que respiraba con dificultad.

Se sentó en el suelo y empezó a pensar que sería de él si nadie le ayudaba. Hacía horas que había empezado a caminar para llegar al pueblo de al lado, pero pensaba que estaba mas cerca y las fuerzas le fallaban.

Cuando ya se le empezaba a nublar la vista oyó el trac-trac de una moto vieja y ruidosa. Ya no se podía levantar y solo movió la mano débilmente, cuando oyó que la moto se paraba, respiró profundamente e intentó llamar con una voz débil.

- Auxilio, por favor ¡ayúdenme!

Se le acercó un muchacho con pinta algo extraña, le pareció a él. Tenía unos pelos corastas, algunos pintados de colorado y otros verdes. El jersey y los pantalones que llevaba tenían agujeros y los zapatos eran unas viejas chírucas a las que ya les quedaban pocos días de vida.

- Por amor de Dios, ayúdeme, llevo horas esperando que alguien me recoja y me encuentre muy mal

El muchacho, se sentó a su lado, le cogió la mano, le acarició la frente y vio que ardía de fiebre. Se sacó el jersey que llevaba hizo un lío con él y se lo puso debajo de la cabeza como una almohada. Entonces hizo algo que el hombre de la carretera no se esperaba. Sacó del bolsillo un móvil y marcó un número, el hombre oyó que hablaba con alguien pero no supo que decía.

Por unos momentos el hombre pensó que le habían vuelto a dejar solo, pero se había equivocado al poco rato el muchacho regresó con una cantimplora llena de agua y le dio de beber. El hombre bebió con ansia, hacía horas que no probaba ni comida ni bebida.

El muchacho se sentó a su lado y le iba hablando mientras le tenía cogido la mano. Después de un rato se oyeron unas sirenas que se acercaban. A su lado paró una ambulancia y un coche de la policía, bajaron unos hombres con batas blancas lo pusieron en una camilla y lo metieron dentro de la ambulancia.

- ¿Quieres acompañarnos? Tendrás que prestar declaración - dijo un policía

- Pero sí yo no he hecho nada, solo me he parado - protestó el muchacho

- Es igual, es pura rutina

El muchacho siguió a la ambulancia escoltado por el coche de policía.

Días después el muchacho pasó por el hospital donde estaba el hombre de la carretera.

- ¿Cómo te encuentras? - le preguntó

- Ahora mejor, pero el médico me ha dicho que estoy muy enfermo y me he de cuidar.

- ¿Tienes familia?

- Tengo una hermana, pero vive muy lejos y no ha podido venir a verme, es muy mayor y no puede viajar sola.

- Y ¿qué vas a hacer ahora? - le preguntó el muchacho

- Pues no lo sé, porque cuando me den de alta no sé donde voy a ir, si tuviera dinero para el autobús iría a casa de mi hermana, pero no tengo nada, cuando estaba en la carretera unos ladrones me robaron todo lo que tenía.

*El muchacho sacó de su cartera un billete de
100€*

*-¿Tendrás bastante? Acabo de cobrar unas
chapucillas*

-No quisiera....

-No te preocupes, yo ya me arreglaré.

Cuando acabó de contar esta historia Emmanuel se
quedó mirando a sus oyentes,

***-¿Cuál de los personajes de esta historia
creéis que se ha portado como un hermano
con el hombre herido?***

- El de la moto, claro está - dijeron los que le
escuchaban -

-Pues id vosotros y haced lo mismo

LA MUJER SALVADA

Habían llegado a una gran ciudad del gran Imperio. El Imperio sobre todos los imperios, el que decidía la guerra y la paz mundiales, el que marcaba lo que era correcto y lo que no lo era, el que tenía mayor número de soldados, de cohetes, de aviones y de tanques. Los ciudadanos de ese gran imperio estaban orgullosos de serlo y se notaba en su porte, su seguridad y sus miradas de desprecio hacia los que no eran hijos del Gran Imperio.

Todo esto a pesar de que el imperio últimamente había demostrado que también tenía los pies de barro como todos los imperios que han pasado sobre la tierra, los acontecimientos terroristas con miles de muertos dentro de sus fronteras, la destrucción de los ídolos del comercio y la riqueza del país, una guerra en solitario contra un dictador ya decadente pero que poseía grandes riquezas en pozos de petróleo.... Todo esto había llenado de confusión a los

ciudadanos del imperio que empezaban a sentirse desprotegidos y a tener miedo.

Emmanuel y sus amigos caminaban un día por las calles de esa gran ciudad, una ciudad como tantas del gran imperio con sus centros comerciales, su centro financiero, sus urbanizaciones y barrios residenciales en los alrededores, y también con los barrios ocultos donde la pobreza corría por las calles en forma de pandillas de jóvenes negros agresivos, o de habitantes de los bancos y portales cubiertos de innumerables capas de vestidos arrastrando carritos en donde llevaban todas sus pertenencias. Todo esto lo había visto y comentado en múltiples ocasiones Emmanuel y sus amigos soñando con ese Mundo Nuevo, diferente, que tendría que llegar y que sería posible si los hombres y mujeres llevaran a cabo los ideales de amor, justicia y paz a que habían estado llamados desde el principio.

Pero aquel día los acontecimientos les llevaron por otro camino. En una céntrica avenida se encontraron con una manifestación de hombres y mujeres con

pancartas rodeando un edificio que tenía una placa en la puerta que ponía CLÍNICA, TRATAMIENTO DE MEDICINA REPRODUCTIVA. Los carteles eran muy agresivos, se podía leer palabras como

¡ASESINOS,
MUERTE A LOS ASESINOS,
DEFENDEMOS LA VIDA,
ABORTO NO, VIDA SI,
TODOS A LA CARCEL!

Los gritos y actitudes de las personas eran cada vez más violentos sobre todo cuando alguien entraba o salía de aquel edificio. No eran muchos los que se manifestaban pero hacían mucho ruido.

– Son antiabortistas - comentó uno del grupo

– Maestro, que piensas tu del aborto - preguntó una de las amigas

Emmanuel se quedó pensativo.

– La vida es el mayor bien que hemos recibido, y hemos de cuidarla, la nuestra y la

de los demás. ¿Quién mejor ha de cuidar la vida del no nacido que la madre?...

En aquel momento, interrumpiendo las palabras de Emmanuel, se produjo un gran revuelo entre la pequeña multitud que rodeaba la puerta de la clínica. Estaba saliendo una mujer, con cara cansada, grandes ojeras y que miró a un lado y a otro asustada. Los gritos arreciaron

– ¡Asesina, asesina! ¡¿Has matado ya a tu hijo?!

La mujer intentó volver a entrar en la clínica pero alguien se lo impidió y de pronto se encontró rodeada por una multitud enfurecida que la increpaban y se acercaba amenazadora a ella, alguien la golpeó y eso fue como la señal para liberar las iras de los manifestantes, los que estaban mas cerca la golpeaban con las pancartas, le daban patadas mientras ella intentaba protegerse la cabeza con las manos.

Lo que sucedió después nadie se lo esperaba, Emmanuel había llegado al lado de ella abriéndose camino entre la turba y la protegió con su cuerpo.

Levantando las manos se impuso a la multitud con una mirada y una voz potente. Su actitud era tan firme tan segura, que se hizo un círculo alrededor de los dos; el hombre seguro, alto, que con autoridad silenciaba a los alborotadores.

– ¿Qué vais a hacer? ¿Queréis cometer un crimen? ¿para qué? ¿En nombre de qué o de quién? ¿Vais a lavar con sangre su pecado?

Entre la multitud se oyó un rumor como si no estuvieran muy convencidos de lo que escuchaban

– *Pues el que esté libre de pecado que tire la primera piedra, pero antes me tendréis que matar a mi también.*

La mujer se había dejado caer al suelo y sollozaba, Emmanuel se sentó a su lado y permaneció en silencio. Parecía que se había desinteresado por el tema, pero estaba sentado al lado de la mujer que postrada en el suelo temblaba de miedo.

– En aquel momento se oyeron las sirenas de los coches de la policía que se acercaban y la multitud agresiva hasta entonces,

rápidamente dejó caer las pancartas y unos corriendo descaradamente y otros andando como si no fuera con ellos se dispersaron. Solo quedaron Emmanuel y la mujer sentados ya los dos en el bordillo de la acera, *el haciendo como que escribía en el suelo* y ella recomponiendo ya su postura, alisándose los cabellos y buscando las cosas desparramadas de su bolso que había por alrededor. De pié un poco mas lejos el grupo de los amigos y amigas que miraban atónitos, todo había sido tan rápido que no habían sabido como actuar.

– En un momento las miradas de la mujer y la de Emmanuel se cruzaron y se quedaron prendidas la una en la otra. Emmanuel rompió el silencio:

– *Mujer, ¿Dónde están? ¿nadie te ha condenado?*

– *Nadie*

– *Tampoco yo te condeno, vete y en adelante no peques.*

La mujer se levantó sintiéndose nueva, limpia recomfortada y se fue mirando hacia atrás de cuando en cuando mientras pensaba

– ¿quién es este que puede perdonar y dar tanta paz a alguien como yo?

COMO OVEJAS SIN PASTOR

En el mundo mediterráneo era muy común ver a rebaños de ovejas que los pastores llevaban de un lugar a otro en busca de buenos pastos, o por la noche a recogerlas al redil donde los lobos no podrían entrar y matarlas. El pastor era el guardián del rebaño y se hacía responsable de él delante de los propietarios que le confiaban sus ovejas. Había pastores buenos que luchaban contra el lobo defendiendo sus ovejas hasta dar la vida y otros malos y miedosos que huían y abandonaban el rebaño a su suerte.

Hoy día esta visión de rebaño es ajena a nuestras costumbres porque la mayoría de los animales crecen y viven siempre en un lugar cerrado, pero en países donde la cultura occidental aun no se ha impuesto aun se pueden ver ovejas y pastores.

En sus viajes por la cuenca mediterránea, Emmanuel y sus amigos vieron muchas veces pastores itinerantes que llevaban rebaños de ovejas, cabras o camellos por los caminos desérticos, siempre les llamó

la atención como cuidaban a sus animales, comiendo y durmiendo con ellos para protegerlos de ataques de fieras salvajes.

En sus viajes por América del Sur no era tan frecuente ver rebaños de ovejas y pastores, pero el recuerdo de ellos había quedado grabado en la mente de todos y por eso cuando Emmanuel dijo: *Parecen ovejas sin pastor*. Todos entendieron lo que quería decir.

Los pueblos por los que pasaban sufrían una miseria y pobreza patentes, la comida escaseaba, no había escuelas para los niños, ni hospitales para los enfermos. Los hombres trabajaban en el campo cuando podían, pero la tierra era de grandes propietarios que los contrataban por salarios que no les permitían mantener una familia, mientras ellos vivían con gran lujo en las ciudades.

Siguiendo sus viajes por todos los países de la tierra, Emmanuel y su comunidad llegaron a Centroamérica y conocieron la opresión en que vivían. No se trataba solamente de que existieran diferentes

clases sociales, era algo más profundo, el miedo parecía ser el elemento dominante en aquella sociedad.

Las clases acomodadas tenían miedo de los pobres y de la revolución que sus líderes reclamaban continuamente, y los trabajadores, los que no tenían ni esperanza ni forma de ganarse la vida temían que una denuncia inesperada los hiciera desaparecer.

Las desapariciones eran una situación habitual entre los que luchaban por la libertad, los tribunales de justicia eran todo menos justos, el ejercito tenía la última palabra y siempre era sembrando el terror. Callar era pues un método de supervivencia.

Había grupos que en la clandestinidad mantenían la esperanza en el cambio, unos creían en la violencia como sistema y cuando podían se daban a conocer con atentados y actos violentos contra los opresores.

Pero había otros que buscaban el cambio en la sociedad por medios pacíficos, resistencia contra leyes injustas, huelgas de hambre, paros y manifestaciones. Tampoco estos se libraban de la persecución de las fuerzas del "orden", los

consideraban subversivos y tan peligrosos como a los terroristas.

Emmanuel y sus amigos se quedaron a vivir en un barrio sencillo de una ciudad de Centroamérica, alquilaron unas habitaciones y como siempre que llegaban a un lugar nuevo hacían amigos entre los vecinos, compartían sus necesidades y su manera de vivir.

Las mujeres eran las primeras en establecer relación con otras mujeres compartiendo productos alimentarios, consejos higiénicos, cuidando a los niños.

Los hombres, y Emmanuel con ellos, buscaron trabajo en el campo y las haciendas cercanas, durante muchos meses compartieron su forma de vida, su pobreza y sus angustias.

Al poco tiempo se formó a su alrededor un grupo que buscaba consejo y palabras de aliento en Emmanuel. Se reunían al atardecer, cuando volvían del trabajo, venían hombres, mujeres, niños, ancianos, sanos y enfermos y todos se iban reconfortados con sus palabras.

Sin embargo había un rayo de esperanza en medio del sufrimiento. Todos ellos eran personas muy religiosas y se reunían para rezar todas las semanas tuvieran o no alguien que presidiera sus encuentros. Cuando esto sucedía tomaban la Biblia y la leían intentando descubrir que les decía a ellos de su situación actual. Entre todos buscaban significado a las palabras difíciles y a las historias lejanas, como Dios, el autor de la vida, dejó en manos de los hombres y mujeres su cuidado y protección, como a través de la historia Dios fue cuidando de su pueblo enviándole profetas y gobernantes que les liberaran de la opresión de los grandes de la tierra, de cómo les hizo un promesa de liberación y el pueblo respondió con su alianza de amor, como Dios protegía a los más débiles, a las mujeres a las viudas, a los niños, y Él era el defensor de los que no tenían quien los defendiera, y como cuando el pueblo era esclavo de los egipcios envió a Moisés para que los liberara.

De todo esto hablaban en sus reuniones dominicales y a alguna de ellas asistían Emmanuel y su

comunidad admirados del valor y la esperanza que demostraban. Lo cual no dejaba de ser peligroso porque estas reuniones eran mal vistas por las autoridades políticas e incluso por algunas jerarquías de la iglesia. La reflexión de estos textos de la Biblia incorporados a su vida diaria les daba fuerzas para reclamar sus derechos y eso no era conveniente para la política de apaciguamiento que querían los gobernantes. Deseaban un pueblo callado que no se hiciera preguntas y la lectura de la Biblia les llevaba a muchas preguntas inoportunas y políticamente incorrectas.

En una ocasión Emmanuel les comentó cuando habían acabado de leer un fragmento:

- La llamada de Dios no se limita a ser una orden, una ruptura. Es ante todo una Promesa de Vida, por los que luchan, los sin trabajo, los sin tierra,.. *"Se levantó Abraham y se puso en marcha"* No podéis esperar que las soluciones vengan de fuera, sois vosotros las manos y los brazos de Dios para salir junto con vuestras

familias de esta situación de injusticia a que os veis condenados.

– Hay mucha violencia, mucho odio, mucho egoísmo. Cada uno cree tener la posesión de la verdad y echa la culpa de los males al otro, hay odios a muerte. No es el ambiente que Dios quiere, es necesaria una gran reconciliación.

En una ocasión Emmanuel y sus amigos se dirigieron a una importante ciudad vecina, donde se celebraban las fiestas patronales. Las calles estaban engalanadas, llenas de tenderetes donde se vendían productos de todas clases. Los campesinos habían traído sus productos y se formó un mercado al aire libre lleno de color, olores diversos y música estridente. Todo era alegría y fiesta.

De pronto por encima de la música empezaron a oírse el ruido de unos motores y por el final de la calle mayor aparecieron unos coches potentes acompañados de policía motorizada. Las motos iban abriendo paso sin tener en cuenta que destrozaban los puestos de los campesinos, aceleraban, frenaban, daban vueltas y

asustaban a todo el mundo. Las madres asustadas cogían a sus hijos y se refugiaban en los soportales, los hombres gritaban e insultaban a los motoristas y estos aprovechándose de su fuerza los empujaban a tiraban al suelo.

De entre la multitud surgieron gritos e imprecaciones, algunos que habían sido golpeados cayeron al suelo cuando de uno de los lujosos automóviles salió un personaje, que subiéndose a unos cajones empezó a arengar a los motoristas/soldados contra los campesinos.

Se oyó un disparo, y luego otro y otro, varios hombres cayeron en un charco de sangre. Los gritos y la confusión que siguieron fue terrible, todo el mundo corría buscando refugio, las madres arrastraban a sus hijos que lloraban asustados, y por el suelo yacían muchos hombres y mujeres muertos o heridos de gravedad.

Emmanuel en aquel momento se acordó de su patria y de cómo había muerto su padre Yusuf, pensó lo que se podría hacer pero a nadie le dio tiempo de

tomar una resolución, tan deprisa como habían llegado los asesinos se marcharon. Solo entonces la gente empezó a salir de sus escondrijos y a atender a los heridos y llorar a los muertos. Como pudieron en angarillas hechas con trozos de madera, o en alguna furgoneta de los comerciantes empezaron a trasladar a los heridos hacia el hospital. Al cabo de varias horas apareció un jeep de la policía y empezó a tomar declaración a los testigos supervivientes.

Emmanuel y algunos hombres dijeron que iban a presentar una denuncia, algunos de los campesinos dijeron que habían reconocido al hombre del coche. Era el guardaespaldas de un conocido mafioso que tenía aterrorizada a la población por sus frecuentes ataques. Pero sabían que no iba a servir de mucho la denuncia por que el personaje tenía amigos en altas instancias del gobierno y se protegían los unos a los otros. Lo que había hecho en ese pueblo era una manera de asustar a los campesinos para que no protestaran por los bajos salarios y la miseria en que vivían.

Dicho y hecho, todo el grupo se dirigió a la comisaría a presentar la denuncia. El agente de policía que les atendió les miraba indiferente, mientras escribía sus nombres y la narración de lo sucedido con una vieja maquina de escribir. Todo parecía como muy obvio, como si ya hubiera sucedido otras veces, pero cuando empezaron a declarar Emmanuel y sus compañeros al policía le cambió la cara

– ¿De donde decís que sois?

– De Palestina

Los ojos se le quedaron cuadriculados de asombro

– ¿Dónde está eso?

– Lejos, en el Oriente Medio, cerca de
Jerusalén

Varios policías se acercaron,

– ¿No es ahí donde hay tanto terrorista?

La pregunta se quedó en el aire sin respuesta, pero un viento frío pasó por las espaldas de todos, aquella palabra despertaba sentimientos encontrados, por una parte miedo a la violencia, por otro miedo a las represalias que en su nombre se hacían. Sin más

firmaron la denuncia y se marcharon a sus casas. Aquella tarde en la reunión vespertina los ánimos no estaban muy exaltados, todos eran conscientes del peligro que estaban corriendo por haberse significado como palestinos en un país extranjero donde las leyes antiterroristas eran especialmente duras. Con esa excusa la gente desaparecía, los torturaban para sacarles información, se los llevaban presos sin dar razón de ellos, todo era válido según las autoridades para acabar con ese tipo de delincuencia.

CENA DE DESPEDIDA

Emmanuel y sus amigos lo sabían, ya lo había padecido y no deseaban que volviera a suceder. Emmanuel como les vio tan tristes y como él también estaba preocupado quiso animarles:

– Vamos a preparar la cena que hoy es un día muy especial. Hemos visto como este pueblo está sufriendo y nosotros vamos a compartir con él esta situación. Id a las casas vecinas y decid a todos que vengan que hoy vamos a cenar juntos.

Al poco rato empezaron a llegar los vecinos y vecinas, cada cual traía un plato con lo que tenía en su casa para la cena, panes, frutas, legumbres y no faltaba alguna botella de vino.

Salieron al patio trasero, porque el tiempo era propicio y cuando todo estuvo preparado hombres y mujeres sentados alrededor de una mesa improvisada, mientras los niños formaban grupos en el suelo, Emmanuel se levantó antes de que se empezara a

repartir la comida y cogiendo uno de los panes que habían traído se lo enseñó a todos diciendo:

– *¿Veis este pan? Está hecho con el fruto de la tierra y el trabajo del campesino y de la mujer que lo amasó y del fuego que lo coció, lo necesitamos para reparar las fuerzas y continuar la vida, si lo compartimos todos formamos parte de la misma vida. **Tomad y comed.** Ahí estamos todos unidos, yo, vosotros y los hermanos que en este momento no están aquí. Quiero que recordéis este momento y lo repitáis porque en este gesto está la fuerza que nos mueve.*

Diciendo estas palabras empezó a partirlo en pedazos de tal manera que hubiera para todos, hombres, mujeres, niños y niñas. Todos los tomaron sintiendo que aquel era un momento solemne y único.

Luego cogió un vaso de vino y dijo:

– *El vino es el fruto de la vid y tomado con moderación nos da alegría, no tengáis miedo, no temáis a los que matan el cuerpo pero no*

*pueden matar el espíritu, bebed todos de él y
alegraos porque pronto una vida nueva será
realidad entre nosotros.*

Todos bebieron del mismo vaso y las madres
mojaron sus dedos para que sus hijos los chuparan.

Siguió Emmanuel diciendo:

*– Un mandamiento nuevo os doy: que os
amáis los unos a los otros como yo os he amado.
Amaos los unos a los otros como yo os amo.
Nadie tiene mayor amor que el que da la vida
por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si
hacéis lo que yo os mando: esto os mando
amaos los unos a los otros. Como el Padre me ha
enviado así yo os envío, no tengáis miedo,
luchad por la justicia y la verdad y todo lo
demás se os dará por añadidura. La paz os dejo
la paz os doy, no se turbe vuestro corazón, no
tengáis miedo.*

Todos escuchaban en un silencio denso, aquellas
palabras resumían la vida que Emmanuel había llevado
hasta entonces

LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES

Como habían temido la denuncia que Emmanuel efectuó en la comisaría tuvo el efecto contrario del buscado. En vez de perseguir a los responsables del asalto al mercado la policía empezó a sospechar del grupo de amigos de Emmanuel y les puso una vigilancia que al principio era discreta pero cada vez se hacía notar más.

Sucedió algo que desencadenó los acontecimientos. En el barrio donde vivían, algunos de los vecinos después de muchas deliberaciones habían decidido que con la tierra que tenían no podían alimentar a sus familias y que necesitaban ocupar y labrar unas tierras cercanas improductivas pero que eran propiedad de un rico terrateniente que se negaba a venderlas. Muchas veces le habían pedido que les permitiera cultivarlas a cambio de un arrendamiento razonable, pero él les pedía sumas imposibles de pagar. Por eso decidieron ir a la brava y ocupar las tierras y cultivarlas.

Cuando llegó la época de la siembra un grupo numeroso de campesinos se dirigió a las tierras, las limpió, las labró y sembró. De momento pareció que nadie se había enterado y ya celebraban su buena suerte; cuando llegó la época de recoger la cosecha, todo el vecindario fue convocado y entre risas y gran alegría todos ayudaron a amontonar las panojas de maíz en unos recintos que habían preparado.

Pocos días después se oyó un rumor de camiones por la carretera y vieron que se acercaban a los cobertizos, los hombres salieron al campo y se encontraron con un grupo de gente armada acompañados por braceros que cargaban su cosecha para llevársela.

Ante sus protestas solo les dijeron:

- Ustedes han labrado esta tierra sin permiso, esta cosecha pertenece al amo.

Como ellos protestaron más, cargaron los fusiles y los ametrallaron sin piedad. Después se fueron levantando una nube de polvo llevándose la cosecha y dejando los muertos y agonizantes por tierra.

Cuando en el pueblo se oyeron los disparos todo el mundo temió lo peor, Emmanuel y sus amigos fueron avisados por los vecinos y también se dirigieron al lugar. El espectáculo era desolador, cinco hombres yacían muertos y nueve más agonizaban, por mucho que quisieron hacer por ellos todo fue inútil. No había medios materiales para curas de urgencias, ni con qué trasladarlos a un hospital pues el más cercano estaba a muchos kilómetros, en la ciudad. Algunos murieron allí mismo, otros pudieron ser trasladados a sus casas donde murieron horas después.

Ante esto todos los vecinos, hombres y mujeres, se reunieron indignados, todos llenos de dolor. Después de evaluar la situación, con muchas discusiones y al ver que no había acuerdo se volvieron hacia Emmanuel preguntándole que debían hacer. Este que había permanecido en silencio al fin habló:

– Lo que vosotros pedís es de justicia, estas muertes no pueden quedar impunes y los asesinos han de responder ante la justicia de

los hombres. Debemos ir al juez y denunciar lo sucedido.

Pero nadie se atrevía a dar el paso de ir a la ciudad a denunciar a la policía o al juez lo sucedido, sabían por experiencia que el que se hacía notar tenía los días contados.

Entonces Emmanuel dijo:

– Yo iré y lo denunciaré en vuestro nombre

Algunos intentaron disuadirle, sabían que con la denuncia anterior ya se había significado y la policía lo tenía en la lista negra de sospechosos. Solo sus amigos de los primeros tiempos y las mujeres decidieron acompañarle, Simón dijo:

– *Vayamos y muramos con él.*

– NO, voy yo solo, quedaos en el pueblo y atended a todo el mundo.

Emmanuel se dirigió en primer lugar al juzgado de la ciudad, pensando que allí le escucharían mejor que en la policía. El juez le recibió pero escucho su narración con evidente malestar,

– Usted es un extranjero indocumentado en este país, ¿Cómo se atreve a presentar una denuncia? ¿No sabe el peligro que corre? Voy a hacer ver que nunca le he visto y que no le he escuchado, váyase y no le pasará nada.

– Pero, señor juez, catorce hombres han muerto de una manera injusta, si usted que es LA JUSTICIA y no puede hacer nada ¿Quién podrá hacerlo? ¿Cómo puede usted dejar que este crimen quede impune?

– Buen hombre, yo soy solo un juez, no soy LA JUSTICIA, y hay otros mas poderosos que yo en este país que no la dejan actuar. Solo Dios puede hacer justicia verdadera. Pero veré si puedo hacer algo.

Emmanuel salió triste de la entrevista, sabía que la justicia de este mundo no iba a actuar y volvió al pueblo donde todos respiraron con alivio cuando le vieron llegar. Pero él con semblante serio les dijo:

– *Dentro de poco ya no me veréis, me voy y vuelvo a vosotros, no os dejaré huérfanos,*

volveré a vosotros, en aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros.

Sus amigos y amigas no podían entender que les decía que se iba, ¿A dónde? ¿Acaso se iba a esconder para que no le encontraran los que le buscaban?

Él sabía que la situación era muy peligrosa, por eso esa noche cuando todos dormían salió al patio y con gran angustia se dirigió a su Abbá con palabras de desconsuelo.

– Triste está mi alma hasta la muerte ¡Abbá Padre! Todo te es posible aparta de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú.

Varias veces en su angustia se acercó a la casa para ver si había alguien despierto para compartir con él su sufrimiento, pero todos dormían ignorantes de lo que iba a suceder.

Aun no había amanecido cuando un coche se paró delante de la casa de Emmanuel y sus amigos, a culatazos rompieron la puerta y varios hombres

armados con grandes gritos y amenazas entraron llamando a Emmanuel.

– Emmanuel, ¡Hijo de perra! ¿Dónde te has metido? A ti te buscamos.

Todos se levantaron asustados, solo Emmanuel salió de una habitación y dijo:

– *Yo soy, si me buscáis a mi dejad ir a estos*

Violentamente le cogieron, esposaron y golpeándolo lo hicieron entrar en el coche. A nadie le dio tiempo de reaccionar cuando ya el coche se alejaba veloz.

Por el camino los golpes y amenazas llovieron sin parar, pero él callaba y pedía a su Abba que le diera fuerzas para soportar lo que le esperaba.

Cuando llegaron a la ciudad le llevaron a un edificio llamado "La escuela", había sido una antigua escuela de la policía pero en aquel momento era un centro de detención temido por todos; pocos de los que entraban salían con vida de allí. La gente del país no se atrevía a

pasar cerca y decían que se oían los gritos de los detenidos horas enteras.

Lo tiraron a una celda oscura, sin ventilación y allí lo dejaron varias horas, tantas que él perdió el sentido del tiempo, y no sabía si era de día o de noche. Lo llevaron a otra habitación para los interrogatorios, allí lo desnudaron, lo echaron sobre una mesa y entre golpes y torturas querían saber los nombres de los cabecillas del pueblo que habían organizado la ocupación de las tierras.

El callaba.

Fuera en el barrio todo era desconcierto, algunos hombres, los más significados huyeron a la montaña diciendo que se iban a unir a la guerrilla, otros se escondieron en poblados vecinos y quedaron solo las mujeres y los niños.

El grupo de los amigos de Emmanuel también se dispersó quedando solo las mujeres en las casas, todas acompañando a Miriam, su madre, oraban y tenían miedo, pero no se movieron de allí por si llegaban noticias.

Pasadas unas horas y como no se sabía nada de él, Marta, Chantal y Nelly que por tener pasaporte con visado se sentían mas seguras se dirigieron a la ciudad para indagar sobre su paradero.

Primero fueron a la comisaría de policía donde se rieron de ellas, luego fueron en busca del juez, que no las quiso recibir, finalmente haciendo acopio de valor se dirigieron al centro de detención conocido como "La Escuela". Pero no pudieron ni acercarse a la entrada porque unos hombres de uniforme con perros las acosaron y obligaron a retirarse a una calle cercana, y desde allí observaron las entradas y salidas de coches y furgonetas, pero nada les indicaba si Emmanuel estaba dentro.

Mientras tanto Emmanuel seguía en la celda oscura donde le habían dejado tirado cuando perdió el conocimiento a causa de la tortura. Sus pensamientos se dirigieron a su Abbá y decía *"Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?"* Y luego suspiró *"Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen"*

Marta, Chantal y Nelly permanecieron cerca de "La Escuela" hasta que anocheció y entonces volvieron al barrio con la esperanza de que alguien les hubiera traído noticias. Pero en la casa todo estaba como cuando se fueron, y en permanecieron toda la noche despiertas alrededor de Miriam.

Y así pasó un día y otro sin que la angustia de no recibir noticias las dejara un momento, poco a poco y de noche los hombres se fueron acercando por el barrio pero tampoco ellos trajeron noticias, lo único que decían los del país es que la desaparición de detenidos era cosa habitual en aquellos casos y que de mucha gente no se sabía nada desde hacía años.

Un día llegó un campesino de otro pueblo y comunicó a Jonathan y Mohamed que en un lugar del camino había visto el cuerpo desnudo de un hombre, suponía que muerto por su aspecto, pero no se había atrevido a entretenerse mucho por miedo de que alguien lo observara, se ofreció a acompañarles por la noche.

Cuando Mohamed y Jonathan llegaron al lugar que les indicó el campesino reconocieron el cuerpo torturado de Emmanuel, con señales de varios disparos y el tiro de gracia en la cabeza. Lo envolvieron en una sábana y lo llevaron hasta la casa donde vivían. Allí los llantos y gritos de las mujeres despertaron a los vecinos que acudieron y se unieron al duelo. Lavaron el cuerpo, le vistieron con ropas campesinas que encontraron a mano y lo dejaron sobre su cama para enterrarlo al día siguiente. Todos quisieron quedarse a velar el cadáver pero el cansancio de las jornadas precedentes les venció y se quedaron dormidos.

Al romper el alba las primeras que se despertaron fueron Miriam y Marta y se acercaron a ver por última vez al Maestro pero solo se encontraron una cama vacía con una sábana sucia de barro y sangre en donde lo habían envuelto cuando lo trajeron muerto.

LA RESPUESTA DEL ABBÁ

Marta salió afuera pensando que se había despertado tarde y que se lo habían llevado para enterrarlo como habían acordado la noche anterior, caminó hacia el cementerio cercano y por el camino vio un hombre que caminaba un trecho delante de ella, apretó el paso para alcanzarle y le dijo

– ¿Sabes dónde es el entierro de Emmanuel? Voy a llegar tarde

El hombre se giró y al mismo momento Marta reconoció al mismo Emmanuel pero transfigurado. Una luz interior salía de él y sin que mediara una palabra desapareció.

Marta convulsa y asustada corrió de nuevo hacia la casa y entró donde estaba Miriam y cuando la vio comprendió que ella también le había visto. Estaba sentada en el suelo con una sonrisa en el rostro iluminado por una felicidad interior profunda.

– Le he visto y me ha hablado - dijo en un susurro - me ha dicho *¿Por qué lloras? Ve i dile*

a mis hermanos que me voy a mi Padre y al vuestro.

A media mañana todos los amigos de la comunidad se reunieron alrededor de las dos mujeres y asombrados e incrédulos escuchaban sus relatos. Algunos salieron a la calle a ver si encontraban quien se había llevado el cuerpo, ciegos de dolor, otros se quedaron con Miriam y Marta escuchando una y otra vez lo que habían visto y recordando todo lo que les había dicho Emmanuel.

– Recordáis que en una ocasión dijo: *"No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros, en aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mi y yo en vosotros."* - dijo Simón que no dudaba de lo que su esposa Marta decía

– *¿Cómo es posible que vuelva, si nosotros le vimos muerto?*

Estando con estos pensamientos, de pronto Emmanuel se apareció en medio de ellos y les dijo:

– *La paz sea con vosotros*

Todos cayeron al suelo pensando que habían visto un fantasma, pero el repitió:

– *¿De que tenéis miedo, por qué dudáis?*

Mirad mis heridas, soy yo, tocadme.

Y como ellos no se lo podían creer de pura alegría y admiración les dijo:

– *¿Tenéis algo de comer?*

Y comió con ellos. Después desapareció.

Cuando volvieron los que estaban por la calle buscándolo se maravillaron de lo que les decían sus compañeros, pero no se lo creían.

Al atardecer estaban todos reunidos alrededor de la mesa para comer algo cuando de pronto vieron a Emmanuel sentado entre ellos, nadie se había dado cuenta de cómo había entrado y *él tomó el pan lo partió y lo repartió, cogió después una copa de vino bebió de ella y la pasó a todos los presentes para que bebieran.*

Y les dijo:

– *Acordaos de todo lo que hemos pasado juntos, recordad todo lo que habéis visto y oído*

y contádselo a todo el mundo; yo estoy con vosotros siempre.

Los amigos de la comunidad se reunían cada tarde al volver del trabajo y recordaban todas las cosas que les habían sucedido mientras recorrían el mundo al lado de Emmanuel, los de los primeros tiempos les contaban las andanzas por Palestina y Egipto y todos le recordaban con añoranza y dolor. También escribieron a los compañeros que se habían quedado en los diferentes lugares por donde habían pasado contándoles lo que le había pasado a Emmanuel.

Una tarde mientras estaban en oración todos juntos experimentaron una presencia especial entre ellos, todos los objetos que veían tenían un color más luminoso y una fuerza especial irradiaba de cada uno de los presentes.

Un torbellino se levantó en toda la habitación que movió los vestidos de los presentes y las cortinas de las ventanas, todos sintieron como si aquel torbellino los quisiera levantar del suelo donde estaban

sentados. Unos momentos después estas sensaciones desaparecieron y todo volvió a la normalidad

Se miraron los unos a los otros para ver si los otros compañeros y compañeras habían sentido lo mismo y la expresión de sus rostros se lo confirmó. Entonces recordaron unas palabras de Emmanuel que no habían entendido:

– *"Dentro de poco ya no me veréis, me voy y vuelvo a vosotros, no os dejaré huérfanos, volveré a vosotros, en aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mi y yo en vosotros. yo estoy con vosotros siempre.*

– Es él,- dijeron algunos - el Padre, su Abbá, no le abandonó y ahora está con nosotros aunque no le veamos.

LAS COMUNIDADES DE AMIGOS

Por todos los lugares que había pasado Emmanuel con sus amigos habían quedado grupos de hombres y mujeres que adoptaron su estilo de vida de entrega a los demás y atención a los más necesitados.

Cuando recibieron noticias de la muerte de Emmanuel y los sucesos extraordinarios que se sucedieron después, se reunían en oración y todos de una manera o de otra también experimentaron la presencia de su amigo y maestro. Entre ellos se cruzaron cartas, llamadas, e-mails contándose lo que habían experimentado y coincidieron en que lo que Emmanuel había querido era que todo lo que le habían visto hacer y decir lo llevaran por todo el mundo como una buena noticia de amor y de paz.

Y se pusieron a la tarea, algunos viajaron a otros lugares contando lo que sabían y dando ejemplo con su vida del mensaje del Pueblo Nuevo en donde la fraternidad y el amor fueran el objetivo de todos, otros enseñaban en las iglesias templos o mezquitas

que solamente por medio del amor las personas podía ser mas felices, otros escribían y publicaban El Mensaje en los periódicos, televisión, radio o por Internet, su objetivo era que la buena noticia de paz y amor llegara a todo el mundo, pero todos principalmente actuaban en su vida cotidiana siguiendo las enseñanzas y ejemplo de su maestro, amigo y hermano Emmanuel. Así se creó una red que se extendía por toda la tierra y llegaba a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

EPÍLOGO

Roma a principios del siglo XXI

El recién elegido Papa estaba en oración en su capilla privada, todo el peso de su responsabilidad caía sobre él y le abrumaba. Había sido un hombre duro, seguro de sus creencias y que no había tolerado el menor movimiento fuera de la ortodoxia (lo que la iglesia cree como verdad)

Pero ahora las dudas le agarrotaban el estómago, ¿habría sido toda su lucha inútil? La Iglesia se desmoronaba, los abandonos de sus mejores servidores eran ya legión y a su lado, y él lo sabía, sólo quedaban los tímidos, los sumisos, los obedientes. Pero estos no servían para ir a predicar a los hombres las palabras liberadoras de Jesús. El mundo se debatía en guerras, los gobernantes en su mayoría no miraban por el bien del pueblo sino por enriquecerse personalmente, y el pueblo sufría opresión. Recordaba las palabras del Éxodo *"He oído el llanto de mi pueblo..."*

De pronto sintió un ruido en la habitación, como de unos pasos muy tenues, pensó que sería su secretario que le venía a recordar alguno de los múltiples actos a los que tenía que asistir y movió la mano sin levantar la cabeza, como diciendo. "Déjame un rato más". Pero oyó una voz.

– *Pedro ¿me oyes?*

El Papa se volvió, su nombre no era Pedro, ni antes ni después de ser elegido Papa, levantó la cabeza y vio ante sí un hombre vestido con una camisola y pantalones de algodón como lo que llevan los campesinos latinoamericanos, manchado de barro, con una barba descuidada y señales de heridas ya secas en la cabeza y las manos. A pesar de su aspecto descuidado aquel hombre irradiaba una extraña luminosidad, como si a través de él se pudiera ver todo el universo.

– *¿Quién eres? ¿cómo te han dejado entrar?*

– *Y ¿tú me lo preguntas? ¿No me reconoces? Una vez ya viene y me mataron,*

ahora he vuelto y me han vuelto a asesinar,
¿No entenderán nunca los hombres que mi
Abbá solo quiere su felicidad?

– El anciano Papa se sintió sobrecogido,
aquellas palabras solo las podía pronunciar Él....
su Abbá....

*– Pedro ¿me amas? Cuida a mi pueblo, yo
soy el buen pastor, a ti en otro tiempo te di
las llaves, no consientas que los ladrones y
asesinos acaben con mi pueblo, esta Iglesia
que tú diriges no se parece en nada a lo que mi
Abbá quiere para los hombres. A mi me han
vuelto a matar como están matando a todos los
que quieren llevar la verdad, el amor y la
justicia al pueblo, no lo consientas*

El Papa sintió como dos lágrimas amargas le
corrían por las mejillas y se acordó de aquel otro
Pedro, que un día lloró amargamente también. Se le
nublaron los ojos y dejó de ver la figura del
campesino sucio y con costras de sangre en la cabeza,
solo una luz que lentamente desapareció.

Un rato después entró el secretario en la capilla para avisarle de que tenía que prepararse para una audiencia general a la que iban a asistir muchos obispos y cardenales. El Papa en silencio le siguió, no dejó que le revistieran con ornamentos especiales, y sencillamente vestido como acostumbraba a estar cuando estaba solo en sus habitaciones se dirigió a los salones donde le esperaban las importantes autoridades.

Un rumor se extendió por la sala al verle con aquel aspecto, ¿se habría trastocado su santidad? Se preguntaban los unos a los otros en voz baja.

Cuando llegó al estrado con el gran sillón dorado donde acostumbraba a sentarse para las audiencias numerosas, se limitó a coger el micrófono para hacerse oír y con voz alta y tranquila anunció.

– Os comunico que voy a enviar a todos los obispos, a todos mis hermanos de otras confesiones cristianas y a todos los dirigentes de las grandes confesiones religiosas una invitación para empezar a preparar un Concilio

Universal para que entre todos encontremos la manera de comunicar a los hombres el mensaje de Dios para la humanidad. Vosotros sois los primeros en saberlo decidles a todos que el Papa necesita de la ayuda de todos, hombres y mujeres, sabios e ignorantes, ricos y pobres, creyentes y ateos. Cristo ha vuelto a la tierra y no le hemos escuchado, *vino a los suyos y los suyos no le recibieron*, y esto sucedió hace 2.000 años y esta sucediendo constantemente una y otra vez.

Como primera medida voy a ordenar que se entreguen todos los tesoros del Vaticano a la ONU para hacer una fundación que sea propiedad de toda la humanidad y que sus beneficios reviertan en los más pobres y necesitados. Voy a pedir a todos los gobernantes que se reúnan para destruir todas las armas que tengan, y que dejen de atacarse los unos a los otros.

A los dirigentes de todas las tradiciones religiosas les voy a suplicar que en nombre del Dios de todos, llámenlo como lo llamen, digan a sus seguidores que nuestro Dios, el de todos, es un Dios de amor y no de guerra, y que hagan valer su influencia para detener las muertes y la violencia.

Como prueba de mi buena voluntad, y de lo que digo no son solo palabras, hoy mismo voy a recoger lo imprescindible y me voy a vivir a un convento de misioneros en las afueras de Roma, tampoco será mi residencia fija, porque quiero recorrer todo el mundo para reconfortar a los hombres y mujeres que pasan necesidades. El gobierno de la iglesia se hará desde las comunidades locales unidos en comunión con Cristo Jesús.

Dicho esto el Papa dejó el micrófono y se dirigió a la salida.

UNA NUEVA ERA ESTABA A PUNTO DE
COMENZAR

¿Habéis pensado alguna vez como viviría Jesús se hubiera nacido en el siglo XX? ¿De que país sería? ¿Cómo reaccionaría ante los problemas de la modernidad? ¿Qué amigos escogería?

Esta preguntas me las he hecho yo muchas veces y he intentado responderlas en este libro. Desde luego hay muchas mas respuestas posibles, pero estas podrían ser algunas de la situaciones con que se encontraría. No es un relato periodístico, ni pretende hacer historia, pero en cierta manera está basada en hechos reales y que todos podemos conocer a través de los medios de comunicación. Espero que a algunos y algunas les haga despertar la curiosidad por conocer mejor a Jesús, al que yo le he dado el nombre de Emanuel, porque así le dijo el ángel a María que se llamaría Dios con nosotros.

Me he basado en el conocimiento de los evangelios, y en los/as comentaristas que conociendo a fondo el tiempo en que Jesús vivió intentan ponerlo al alcance de los hombres y mujeres de este siglo XXI para que lo conozcamos y comprendamos mejor el alcance de su mensaje. Espero que sirva para que a alguien se le despierte la curiosidad para conocerle mejor.

Los posibles beneficios de la venta de este libro en papel irán íntegros a la fundación Arrells de Barcelona

